SUMARIO

ESTUDIOS

- **¿El abrazo que no llega? Atención pastoral a católicos divorciados vueltos a casar.**
  Pablo GUERRERO RODRÍGUEZ, SJ 965
- **Entre la obediencia, el conflicto y la transgresión.**
  Eduardo LÓPEZ AZPITARTE, SJ 975
- **Comprender, ser comprendido y vivir cristianamente con identidad homosexual.**
  José Antonio GARCÍA-MONGE, SJ 989
- **Una aportación desde el dolor y la esperanza.**
  Cristina GUZMÁN PÉREZ 999

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Solidaridad ¿para qué? San Juan del Castillo, la Virgen de los papeles y el horizonte utópico.**
  Delegación de Acción Social.
  Provincia de Castilla SJ 1009

LOS NOMBRES DE DIOS

- **10. Dios Presencia.**
  José GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, SJ 1015

LOS LIBROS

- **Recensiones** 1025

ÍNDICE GENERAL

- **Tomo 93 / 2005** 1037

PRESENTACIÓN

TAMPOCO YO TE CONDENO

El título y el subtítulo de este número de *Sal Terrae* están tomados del conocido pasaje de la mujer adúltera del evangelio de Juan (Jn 8,1-11) en el que Jesús ofrece a una pecadora el perdón escatológico y gratuito de Dios. Una cuidada lectura del citado pasaje permite subrayar la importancia de estos términos: discernir, decidir, desenmascarar, liberar, reconciliar, dar vida.

Estos seis verbos resumen la actuación de Jesús en una situación tan complicada como la de Jn 8,1-11. Una actuación que posibilita que la mujer, que había sido puesta en medio y estaba rodeada por sus acusadores, pueda salir del círculo cerrado en que se encuentra y seguir adelante en la vida en muchas posibles direcciones, pues el relato es abierto y permite al lector imaginarse los numerosos acontecimientos que, en adelante, le pueden suceder a la mujer.

Tomamos este texto como ayuda y orientación para referirnos a una situación que atraviesan algunas personas y grupos cristianos en nuestro mundo de hoy.

En diversos lugares de la geografía más conocida por los lectores y lectoras de *Sal Terrae* suceden circunstancias que quizá poseen elementos comunes con lo narrado por Jn 8,1-11: cristianos y cristianas en búsqueda y apertura en medio de dificultades concretas, que son tratados por miembros de la comunidad cristiana no siempre con la misericordia y cordialidad con que Jesús trató a la mujer adúltera, sino con poca consideración, falta de comprensión y, en ocasiones, exceso de dureza. De ahí que, más que ayudar y facilitar a esos hombres y mujeres la salida de la encrucijada en que se encuentran, para poder caminar en dirección a la vida, los mencionados miembros de la comunidad cristiana pueden quizá contribuir a que quienes buscan caminar hacia adelante queden atrapados en un círculo cerrado.

De tres situaciones de ese tipo se ocupan las primeras colaboraciones de este número de *Sal Terrae,* último del año 2005.

Una palabra de vida o, mejor, un abrazo, ése que está aun por llegar, es el que pueden recibir los católicos divorciados y vueltos a casar. Convencido de que no hay abrazos a medias, y consciente de que el divorcio equivale a la muerte de un sueño, *Pablo Guerrero* propone «mirar con cariño y ternura el dolor de las personas concretas y, desde ahí, interpretar la ley, pronunciar una palabra de consuelo y liberación y hacer partícipes a los hermanos que sufren del Pan partido, repartido y compartido».

Eduardo López Azpitarte dirige su interés a las situaciones difíciles que viven algunos teólogos inquietos que se mueven entre la obediencia, el conflicto y la transgresión. Como señaló hace tiempo el actual Papa Benedicto XVI, *la teología no es simple y exclusivamente una función auxiliar del magisterio.* Desde ahí, y recordando el encuentro vital y liberador de Jesús con la mujer de Jn 8, el profesor de teología de Granada señala que puede ser de interés valorar aquellos pasos que, en muchas ocasiones, dan dichos cristianos y que pueden traer fecundidad y vida para la Iglesia.

José Antonio García-Monge atesora una larga experiencia de encuentro y atención a muchas personas en situación de dolor y de dificultad. Entre ellas, personas con tendencia homosexual y motivaciones cristianas, a las que el psicoterapeuta burgalés se ha acercado con atento respeto. Cómo facilitar y hacer posible en estas personas un amor oblativo y desinteresado: ésa parece ser la referencia destacada, que subyace a su contribución, *«Comprender, ser comprendido y vivir cristianamente con identidad homosexual».*

El número se completa con la colaboración de *Cristina Guzmán,* escrita «entre el dolor y la esperanza». A pesar de lo difícil que es compartir una experiencia dolorosa, la profesora de la Universidad Pontificia Comillas ofrece su testimonio personal, pues está convencida de que «compartir es algo esencialmente cristiano». Un testimonio que puede ayudar a comprender lo importante que es para muchas personas que se les trate como Jesús trató a la pecadora de Jn 8: con misericordia, con cordialidad.

* * *

A punto de llegar la fiesta de Navidad y despedir este año que estamos terminando, enviamos a todos/as los/as lectores/as y colaboradores/as de la Revista nuestros mejores deseos de paz y fraternidad. Junto a ellos, nuestro agradecimiento por el camino recorrido juntos durante estos últimos meses. ¡Felices fiestas de Navidad y feliz año 2006!

ST 93 (2005) 965-974

ESTUDIOS

¿El abrazo que no llega?
Atención pastoral a católicos divorciados y vueltos a casar

Pablo GUERRERO RODRÍGUEZ SJ*

«Son personas como nosotros,
que han sufrido más que nosotros y que,
sin duda, también nos superan en fuerza creyente,
en capacidad de aguante y sufrimiento
y en amor a una Iglesia
que a menudo parece no entenderles»[1].

Antes de empezar, una aclaración. Estas páginas pretenden ser una humilde reflexión pastoral que trata de presentar preguntas y tentativas de respuesta para que los cristianos podamos facilitar el que la vida, la misericordia, la liberación y la reconciliación de Jesús lleguen en toda su plenitud a los divorciados, y puedan éstos ser así mediadores del Resucitado y de lo que caracteriza su modo de ser: el discernimiento, la decisión, el desenmascaramiento, la liberación, la reconciliación, la paz, el don de la vida[2]. Se trata de preguntarnos juntos: ¿qué les sucede a

* Asesor familiar. Madrid. <pguerrero@jesuitas.es>.

1. B. HÄRING, *¿Hay una salida? Pastoral para divorciados,* Herder, Barcelona 1990, p. 15.
2. Para el lector interesado en profundizar en el tema de este artículo desde los ámbitos canónico y pastoral, le resultarán imprescindibles, a mi juicio, las aportaciones de José María DÍAZ MORENO, SJ. Por citar sólo tres de sus escritos: «El fracaso de los matrimonios canónicos. Notas para una reflexión cristiana»: *Vida Nueva* 2.242 (22-07-2000), pp. 22-32; «Actitud cristiana ante los divorciados. Anotaciones personales»: *Sal Terrae* 87/7 (julio-agosto 1999), pp. 543-553; «Los matrimonios fracasados, vertiente canónica y pastoral», en

los divorciados, a los que no resulta fácil vivir con normalidad y plenitud su vida cristiana? ¿En qué consiste su *pecado*? ¿Qué deben tener en cuenta y hacer las personas con responsabilidad para que su discernimiento y su decisión, además de desenmascarar una situación de pecado que paraliza, faciliten la liberación, la vida y la reconciliación que Jesús, el Cristo, ofrece hoy y siempre? Porque, «desgraciadamente, en nuestra comunidad, junto a la disponibilidad a la compasión hacia las personas en situaciones difíciles, existe todavía también mucha dureza e intransigencia. No raramente se juzga y se condena sin consideración y por oídas, sin considerar las penas particulares de cada uno y los trágicos acontecimientos de la vida»[3].

Hoy, como hace dos mil años, hay una manera de mirar que nos hace pensar: «éste, si fuera profeta, sabría quién y qué tipo de mujer es la que lo está tocando, porque es una pecadora». Pero también hoy es posible mirar con los ojos del Maestro y escuchar, en el fondo de nuestro corazón sus palabras de consuelo y liberación: «sus muchos pecados quedan perdonados, porque ha amado mucho». Así lo leemos en el capítulo 7 del evangelio de Lucas. El fariseo ve frente a sí a una pecadora, una oveja negra, una escoria... Jesús ve a una persona (ve a una hija y a una hermana). El fariseo la ve «haciendo cosas». Jesús la ve «amando». El fariseo la había condenado antes incluso de que hubiera entrado en su casa. Jesús la acoge y la abraza. Sin duda, se trata de dos miradas completamente distintas que tienen su origen en dos corazones muy diferentes.

Este artículo, pues, es una tentativa de poner voz a personas concretas, con problemas, biografías, deseos, fracasos y éxitos concretos. Personas profundamente buenas. Todos las conocemos. Hoy las encontramos en casi todas las familias. Son personas que se sienten in-

---

(AA.VV.) *Jornadas sobre la familia,* Compañía de Jesús, Alcalá de Henares 1998, pp. 76-91. [En las actas de dichas Jornadas (pp. 92-104), y bajo el título «Conflictividad matrimonial: visión seglar», Cristina GUZMÁN, abogada rotal y matrimonialista, aporta una interesante reflexión personal en torno a lo que una separación conyugal provoca en los miembros de la pareja, reflexión que completa en el artículo que escribe en el presente número de *Sal Terrae*]. Otro material muy valioso para el tema que nos ocupa lo constituye la obra de F.R. AZNAR y J.R. FLECHA, *Divorciados y Eucaristía,* Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1996.

3. Obispos de la provincia eclesiástica del Oberrhein (Alemania), «Acompañamiento pastoral de los divorciados»: *Ecclesia* 2.705 (08-10-1994), p. 29 [1.517].

comprendidas. Personas que son conscientes de lo difícil de su situación. Personas que, en muchos casos, han vuelto a casarse para proteger a sus hijos, para intentar que crezcan en un ambiente de amor, para ofrecerles los frutos que ese nuevo amor genera... Ellos y ellas tienen miradas concretas y sed de felicidad, de cariño, de ser abrazados de verdad, de ser acogidos y comprendidos. Son personas que han «muerto», pero que también han resucitado. Porque «divorcio significa derrota y fracaso, pero también puede significar victoria y éxito. Significa pena y dolor, pero también curación, perdón y paz. Significa rechazo, pero también puede significar aceptación. Significa pérdida de esperanzas y final de sueños, pero también puede significar una nueva vida, nuevas esperanzas y nuevos sueños. En una palabra, el divorcio significa muerte, pero también puede significar resurrección»[4].

Una de las experiencias más impactantes de mi vida como sacerdote fue hace unos años, cuando una mujer se me acercó a pedir consejo sobre si debía asistir o no a la boda de su hija. Ésta iba a contraer matrimonio civil con un divorciado. Quien me hacía la consulta creía que su fidelidad a la Iglesia le hacía imposible asistir a la boda. Había hablado con otro sacerdote, y éste le había dicho que ni ella ni su marido deberían ir de ningún modo a esa ceremonia. Para rematar la «faena», aquel sacerdote le había dicho que tanto su hija como su futuro yerno estarían excomulgados. El dolor que sentía aquella madre al creer que su fe entraba en colisión con el cariño hacia su hija me hizo sentir vergüenza... ¡Cuánto daño podemos hacer los curas a las personas buenas! ¿Qué hemos hecho y dicho para que una madre se plantee no estar presente en uno de los momentos más felices e importantes de la vida de su hija?

Cuando le pregunté si sería capaz de no tomar en sus brazos a un nieto nacido de esa unión, se echó a llorar. Hoy es la orgullosa abuela de una nieta preciosa, y su yerno, más que yerno, es un hijo tanto para ella como para su marido. Sin duda, fue capaz de mirar a su hija y a su yerno como Jesús lo habría hecho. Y es que la mirada del Señor se parece mucho a la de una madre. Y no es casualidad que los cristianos seamos invitados a amar a la Iglesia como una madre, porque lo es y está llamada a serlo día a día, todos los días.

---

4. J. HOSIE, *Con los brazos abiertos. Católicos, divorcio y nuevo matrimonio,* Sal Terrae, Santander 2001, p. 11.

Cuando los sueños mueren

En 1982, los obispos de Nueva Zelanda escribieron una declaración sobre la atención pastoral a los católicos separados y divorciados; meses después, la hizo suya la Conferencia Episcopal Australiana. Su título: *Cuando los sueños mueren.* Constituye, a mi juicio, el documento más hermoso dirigido a aquellos que padecen el dolor y la pérdida de una ruptura matrimonial[5]. Su punto de partida es claro: «la doctrina de la Iglesia sobre la indisolubilidad y la fidelidad matrimonial no debe separarse de su doctrina sobre la necesidad de mostrar compasión y comprensión hacia quienes se encuentran en cualquier clase de dificultad». Y es que «las personas compasivas muestran el rostro de Dios a un mundo en el que son muchos los que se ven afligidos por la tristeza, la duda y el miedo».

En dicho documento, y por eso hago referencia a él, presenta el divorcio como la muerte de un sueño y como tiempo para el duelo... Demasiado a menudo, no prestamos atención a la situación real de las personas que se divorcian. Todos los estudios realizados hasta el momento consideran la separación-divorcio como una de las tres situaciones más estresantes y dolorosas a las que se enfrenta un ser humano. Las otras dos situaciones son la muerte de un hijo y la muerte del cónyuge. En la mayoría de los estudios se sitúa el divorcio por encima de la muerte del cónyuge. En el caso de las mujeres, en todos los estudios, la situación más dolorosa es la muerte de un hijo. Desde mi experiencia profesional, coincido plenamente con la opinión de John Hosie en lo relativo a que «muy pocos, fuera de los que se han divorciado, pueden apreciar realmente que se trata de una de las peores experiencias que pueden sucederle a uno. El dolor que produce es perfectamente comparable al provocado por la muerte del cónyuge. Pero, además de este sentimiento, pueden producirse otros (fracaso, vergüenza, culpabilidad, rabia...) verdaderamente abrumadores. Los divorciados sienten como si se ahogaran y como si nadie pareciera saberlo o preocuparse por ello»[6].

Otros sentimientos que aparecen a menudo en la experiencia de las personas divorciadas es la soledad y el abandono. Los amigos y la fa-

5. El texto íntegro de dicha Declaración puede encontrarse en J. HOSIE, *op. cit.,* pp. 93-102.
6. *Ibid.,* pp. 21-22.

milia no saben bien qué hacer y, en muchos casos, se dividen, se «retiran» o, peor aún (si cabe) juzgan y condenan. En los momentos en que más necesitan ayuda, se sienten más abandonados y vulnerables. Hay autores que hablan incluso del «estigma del divorcio». Algunos creyentes perciben esta sensación de abandono e incomprensión también en la Iglesia. En algunos casos, incluso, se sienten maltratados por los tribunales eclesiásticos cuando acuden a iniciar un proceso de nulidad matrimonial[7]. La Iglesia, que por vocación debe ser lugar de acogida para los que están en necesidad, no acierta en ocasiones a abrazar a los hermanos y hermanas que sufren a causa del divorcio. Y es que no hay abrazos a medias...

Este sentimiento de abandono e incomprensión (en la que, como he dicho, es probablemente la circunstancia más dolorosa que han vivido hasta ese momento) se acrecienta en el momento en que contraen segundas nupcias sin haber obtenido la nulidad del primer matrimonio.

Divorciados y comunión

«En lo necesario, unidad;
en lo discutible, libertad;
en todo, CARIDAD»
(SAN AGUSTÍN).

Antes de seguir, puede ser necesario aclarar un par de puntos, ya que en ocasiones, incluso en algunas homilías, se escuchan frases que son fruto, cuando menos, de la más profunda ignorancia. Primero, los católicos divorciados gozan de una plena y absoluta unión con la Iglesia, no están excomulgados y pueden recibir la comunión eucarística. Es decir, en lenguaje claro y simple, *el divorcio no es pecado.* La persona divorciada, por el mero hecho de serlo, no está en una «situación irre-

7. Es de justicia señalar que en nuestro país abundan tribunales eclesiásticos que se esfuerzan por atender con cariño, profesionalidad y delicadeza a las personas que inician un proceso de nulidad. Es tarea de las personas que ejercemos ministerios pastorales informar verazmente sobre lo que significa un proceso de nulidad y contribuir así a acabar con una (en la mayoría de los casos injustificada) «leyenda negra» sobre dichos procesos. De todas formas, tal y como han señalado numerosos obispos, teólogos y canonistas, los tribunales eclesiásticos necesitan «agilizar» y «humanizar» aún más los procesos de nulidad matrimonial.

gular». Esto, hay muchos católicos que, desgraciadamente, no lo saben. Y lo que es más grave: hay sacerdotes que no lo predican.

Segundo, los católicos divorciados y casados de nuevo sin obtener la nulidad de su primer matrimonio *no están excomulgados.* Más aún, es tarea de los pastores y de toda la Iglesia procurar «con solícita caridad que no se consideren separados de la Iglesia, pudiendo y aun debiendo, en cuanto bautizados, participar en su vida». Existe la petición expresa de que «se les exhorte a escuchar la Palabra de Dios, a frecuentar el sacrificio de la Misa, a perseverar en la oración, a incrementar las obras de caridad y las iniciativas de la comunidad en favor de la justicia, a educar a los hijos en la fe cristiana, a cultivar el espíritu y las obras de penitencia para implorar de este modo, día a día, la gracia de Dios». Se constata el deseo y la petición de que «la Iglesia rece por ellos, los anime, se presente como madre misericordiosa y así los sostenga en la fe y en la esperanza» [todos los entrecomillados pertenecen a la exhortación apostólica *Familiaris consortio,* n. 84].

Evidentemente, desde la doctrina de la Iglesia se anima a los creyentes en situación «irregular» (divorciados y vueltos a casar) a solicitar la anulación de su primer matrimonio, para así poder participar de nuevo en la comunión eucarística. Pero ¿qué ocurre cuando no es posible obtener la anulación? Existen muchos casos posibles: ausencia o fallecimiento de testigos, negativa de los testigos a ser entrevistados, deseo de no «dañar» la fama del otro cónyuge, deseo de no someter a familiares a interrogatorios, ignorancia sobre los procedimientos a seguir, párrocos demasiado ocupados en otras tareas, abogados poco competentes, funcionarios eclesiásticos poco comprensivos, personas que están subjetivamente seguras en conciencia de que su anterior matrimonio nunca había sido válido y que no pueden demostrarlo[8]... Sólo cito casos de los que conozco ejemplos concretos; sin duda, personas con más experiencia que yo en el tema se habrán encontrado con una diversidad de casos aún mayor.

En cada ejemplo concreto se trata de personas concretas, con vidas concretas, con sueños concretos, con sufrimientos –bien lo sabe Dios– muy concretos. ¿Qué hacemos? ¿Qué debe hacer la Iglesia en estos ca-

8. Para el tema, tan importante como discutido, de las llamadas «soluciones en el fuero interno», así como para conocer la fraternal polémica entre los obispos del Oberrhein (Mons. Oskar Saier, Mons. Karl Lehmann y Mons. Walter Kasper) y la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, cf. nota 2.

sos? No hace mucho, una persona en esta situación me preguntaba: ¿qué pecado hemos cometido que no pueda ser perdonado?; ¿qué es lo que causa tanta incomodidad de nuestra situación?; ¿por qué los que interpretan el Evangelio se toman tan al pie de la letra algunos textos y «se saltan a la torera» otros?

¡La paz esté con vosotros!

Con estas palabras de consuelo y liberación comienza el mensaje de la XI Asamblea General ordinaria del Sínodo de los obispos, *La eucaristía: Pan vivo para la paz del mundo.* Es un documento hermoso, lleno de esperanza y de «evangelio». Es el fruto escrito de un momento importante de la vida de la Iglesia, de su reflexión y de su oración. En él, los padres sinodales nos anuncian y dan testimonio de que hoy, como siempre, «Cristo vive en su Iglesia».

Lo mejor, como es lógico, es que se lea el documento en su integridad (no es bueno conformarse con los titulares de los periódicos). Yo voy a centrarme en dos números de dicho documento, por su relevancia para el tema de este artículo. En primer lugar, el número 15 (ambos números serán transcritos literal e íntegramente):

> «Conocemos la tristeza de quienes no pueden recibir la comunión sacramental por causa de una situación familiar no conforme con el mandamiento del Señor (cf. Mt 19,3-9). Algunas personas divorciadas y vueltas a casar aceptan con dolor no poder comulgar sacramentalmente y lo ofrecen a Dios. Otras no entienden esta restricción y viven una gran frustración interior. Aunque no estemos de acuerdo con su elección (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica,* 2.384), reafirmamos que no son excluidos de la vida de la Iglesia. Les pedimos que participen en la Misa dominical y escuchen frecuentemente la Palabra de Dios para que alimente su vida de fe, de caridad y de conversión. Deseamos decirles que estamos cercanos a ellos con la oración y la solicitud pastoral. Juntos pedimos al Señor obedecer fielmente a su voluntad».

Este número es el que se dedica explícitamente al tema de la recepción de la comunión de los divorciados que se han vuelto a casar. En él se recoge, básicamente, la doctrina del n. 84 de la *Familiaris consortio.* Es innegable que los padres sinodales siguen afirmando que aquellos en una situación familiar no conforme con el mandamiento del Señor (se cita el pasaje en el que Jesús condena el repudio) no pue-

den recibir la comunión sacramental. Pero, junto a esto, me gustaría señalar tres cosas. Primero, la referencia a tres de los sentimientos que afectan a las personas divorciadas: tristeza, dolor y frustración interior. Segundo, la afirmación tajante de que no son excluidos de la vida de la Iglesia. Tercero, se afirma, también de modo innegable, la cercanía de los pastores a las personas divorciadas. Leamos ahora el número 23:

> «Deseamos dirigir una palabra especial a todos los que sufren, especialmente a los enfermos y discapacitados que están unidos al sacrificio de Cristo por su sufrimiento (cf. Rm 12,2). Por el dolor que sentís en vuestro cuerpo y en vuestro corazón, participáis de manera singular en el sacrificio de la Eucaristía como testigos privilegiados del amor que de ella deriva. Estamos seguros de que en el momento en que experimentamos la debilidad y nuestros propios límites, la fuerza de la Eucaristía puede ser una gran ayuda. Unidos al misterio pascual de Cristo, encontramos la respuesta a las cuestiones candentes del sufrimiento y de la muerte, sobre todo cuando la enfermedad toca a niños inocentes. Nos sentimos cercanos a todos vosotros, pero especialmente a los moribundos que reciben el Cuerpo de Cristo como viático para su último paso al Reino».

Después de lo dicho en el número 15, ¿cabe alguna duda sobre el hecho de que las personas divorciadas forman parte de «las personas que sufren»? ¿Puede pensar alguien que los padres sinodales han querido excluir a las personas divorciadas? Dicho de otro modo, lo que se dice en este número ¿no se está diciendo también para las personas divorciadas, especialmente para las que se han separado sin culpa por su parte? Si esto es así, por el dolor que sienten en su corazón, ¿no «participan de manera singular en el sacrificio de la Eucaristía, como testigos privilegiados del amor que de ella deriva»? En un momento en el que, sin duda, experimentan la debilidad y sus propios límites, ¿se les va a negar «la fuerza de la Eucaristía», que, sin lugar a dudas, «puede ser de gran ayuda»? Así pues, ¿cómo podemos colaborar para que ese hermano y esa hermana concretos sientan que la paz está con ellos? ¿Cómo deben los pastores mostrar su cercanía?

Entiendo que son preguntas no fáciles de contestar. «Ciertamente, una cosa debe quedarnos clara: una solución sencilla y neta de las complejas situaciones de los divorciados que se han vuelto a casar no puede existir»[9]. Entiendo el ideal y entiendo que debe ser buscado, desea-

9. Obispos de la provincia eclesiástica del Oberrhein, *op. cit.,* p. 29 [1517].

do y «luchado». Entiendo la necesidad de normas generales[10]. Pero, verdaderamente, ¿no debería la aplicación a los casos concretos estar marcada por la misericordia? ¿Y no es la misericordia el regalo que Dios nos hace de poner su corazón al lado de nuestras miserias y de nuestro dolor? Usando palabras de B. Häring, ¿no deberíamos procurar «ante todo y en definitiva que la Iglesia en su existencia toda, en su aplicación de la ley de Cristo y en su dedicación a los heridos o fracasados, sea cada vez en mayor medida el sacramento visible de la misericordia y la reconciliación de Cristo»[11]?

Considerar los casos particulares[12], mirar con cariño y ternura el dolor de las personas concretas y, desde ahí, interpretar la ley, pronunciar una palabra de consuelo y liberación, hacer partícipes a estos hermanos que sufren del Pan partido, repartido y compartido... ¿es relativismo?; ¿es laxismo moral? Yo creo que no. Al contrario, ¿no deberíamos preguntarnos si no estamos corriendo el riesgo de caer en un tuciorismo desencarnado, en un rigorismo moral que, en lugar de transparentar al Dios de la vida, lo hace opaco a la vida de algunos de sus hijos e hijas? Debo reconocer que me ponen muy nervioso las personas que ponen la ley antes que las personas (quizá porque yo mismo lo hago). Y creo que el Dios de Jesús no entiende mucho de eso de «respetar el sábado». De lo que entiende nuestro Dios es de amor misericordioso, es decir, de ternura y sensibilidad (cf. *Dives in misericordia,* 14).

Llegados a este punto, puede sernos de ayuda escuchar de nuevo las palabras de los obispos neozelandeses y australianos: «sed especialmente respetuosos de la conciencia y las convicciones de los demás. Cuidad de no imponer excesivas cargas, para no aislar más a quie-

10. «El derecho canónico, sin embargo, puede instituir sólo una norma generalmente válida, no puede reglamentar todos los casos individuales, a veces muy complejos. Por este motivo se aclarará, en el coloquio pastoral, si lo que vale en general, resulta verdadero también en la situación concreta»: *ibid.,* p. 29 [1.517].
11. B. HÄRING, *op. cit.,* p. 10.
12. «Los pastores, por amor a la verdad, están obligados a discernir bien las situaciones. En efecto, hay diferencia entre los que sinceramente se han esforzado por salvar el primer matrimonio y han sido abandonados del todo injustamente y los que, por culpa grave, han destruido un matrimonio canónicamente válido. Finalmente, están los que han contraído una segunda unión en vistas a la educación de los hijos, y a veces están subjetivamente seguros en conciencia de que el precedente matrimonio, irreparablemente destruido, no había sido nunca válido»: *Familiaris consortio,* 84.

nes ya están solos ni permitir que nuestra propia ignorancia o nuestros prejuicios bloqueen el poder sanante y vivificador del Espíritu Santo»[13].

Me gustaría terminar con otras palabras del mismo autor con el que comenzaba este artículo. Todos los que tenemos alguna responsabilidad en la Iglesia, por pequeña que sea, deberíamos preguntarnos con la mano en el corazón y con el corazón cerca del Señor si «la exclusión de los sacramentos de la Iglesia de unas personas que se han separado sin culpa por su parte, y viven en un segundo matrimonio humanamente bueno, [...] puede hoy en día aportar algo en orden a reforzar la lealtad al vínculo indisoluble del matrimonio o fortalecer a los cristianos frente a la tentación»[14].

Ojalá que juntos, como «Pueblo de Dios en marcha», hagamos vida, en la vida de las personas divorciadas, las palabras que rezamos al celebrar la Eucaristía, recordando que Jesús es modelo de caridad:

> «Él manifiesta su amor para con los pobres y los enfermos,
> para con los pequeños y los pecadores.
> Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano;
> su vida y su palabra son para nosotros la prueba de tu amor;
> como un padre siente ternura por sus hijos,
> así tú sientes ternura por tus fieles».
>
> (*Plegaria Eucarística V/c*)

Porque, como bien sabía San Juan de la Cruz, al caer de la tarde, (a TODOS) sólo nos examinarán de amor.

13. Conferencia Episcopal de Nueva Zelanda, *Cuando los sueños mueren,* en J. HOSIE, *op. cit.,* p. 101.
14. B. HÄRING, *op. cit.,* p. 136.

ST 93 (2005) 975-987

Entre la obediencia, el conflicto y la transgresión

Eduardo López Azpitarte, SJ*

Damos por supuesto, también en el campo de la reflexión teológica, el valor de la obediencia al magisterio de la Iglesia. Es un dato irrenunciable en el trabajo científico de cualquier teólogo católico. Pero tampoco hay que olvidar la evolución necesaria, para conocer mejor el mensaje y presentarlo en un mundo con esquemas diferentes de los de otras épocas. Y lo que también resulta evidente, como enseguida veremos, es que el cambio nunca comienza por parte de la autoridad, sino que se gesta en otros niveles inferiores. De ahí que en todo proceso evolutivo sea inevitable un cierto conflicto. Junto a la docilidad, hay que aceptar muchas veces el valor positivo de la desobediencia y de la transgresión. Tres aspectos sobre los que vale la pena reflexionar en los momentos actuales, para sacar algunas conclusiones.

1. Condicionantes de la autoridad

Partimos de un hecho real, y es que el carisma de la autoridad no consiste precisamente en abrir caminos; su función prioritaria radica en mantener el equilibrio, la armonía, la cohesión del grupo, tanto más difícil de conseguir cuanto mayor es el pluralismo de sus miembros. Cuando se alcanza la tranquilidad deseada, a ningún superior le entusiasmado precisamente el cambio, que haría inútil todo el trabajo realizado, después de las tensiones sufridas.

La responsabilidad del gobierno le exige, además, responder a las expectativas de los que han delegado en él para realizar esta función. Si no existe satisfacción por la tarea realizada, pone en peligro la con-

* Jesuita. Profesor de Teología Moral. Granada. <elasi@probesi.org>.

fianza posterior. Sabe que para permanecer en su puesto, y hasta para conseguir nuevas responsabilidades dentro de un cierto escalafón, se le pide una fidelidad absoluta. Los condicionamientos a las directrices recibidas son mucho mayores de los que se sospecha, aunque se hayan interiorizado en el propio psiquismo como un mecanismo de defensa[1]. Ninguna autoridad es tan sólo entrega y preocupación, sino que comporta otras gratificaciones. Por eso, poca gente renuncia a mandar, aunque el encargo se reciba como un gesto de colaboración y servicio.

Esto explica que el dinamismo que rompe la tranquilidad y la inercia es casi imposible que provenga de los que están arriba, sino de aquellos que se mueven en niveles inferiores. Y es lógico, por tanto, que todo cuanto amenaza la cohesión lograda provoque un conflicto con los esquemas vigentes y despierte miedos frente a un futuro desconocido. Cualquier tipo de evolución provoca siempre un sentimiento de inseguridad. Es como un movimiento sísmico que desestabiliza, y no sabemos si habrá otras réplicas posteriores.

2. Olvido de las transgresiones benéficas

En esta situación sería ingenuo esperar que la autoridad se uniera de inmediato al cambio. Su primera actitud es la defensa de lo tradicional, la condena de los disidentes, el desprestigio de los que no se muestran dóciles y plenamente sumisos. La mejor manera de frenar el avance es crear una mala conciencia de culpabilidad, pues, en la medida en que este sentimiento aumenta, el peligro de contagio se difumina.

Es normal, por otra parte, que algunos de estos intentos terminen en el fracaso; que hayan sido propuestos con excesiva ligereza o imprudencia; que las personas queden estigmatizadas por el abandono de la fe, o de la vida sacerdotal o religiosa. Incluso que las motivaciones de fondo no sean tan limpias ni evangélicas como se afirma. Todo esto y algo más es posible, pues la incoherencia y los engaños interesados afectan a todos por igual. Son argumentos que se utilizan para legitimar la normativa vigente e impedir que otros emprendan nuevos caminos.

1. Baste recordar los significativos cambios que con frecuencia se observan en personas que tuvieron un talante abierto y conciliador y que se han ido cerrando, debido a las nuevas presiones de la responsabilidad.

Se olvida, sin embargo, porque no interesa recordarlo, que otras muchas transgresiones y desobediencias fueron también fecundas y fructíferas para la vida de la Iglesia y el avance de la doctrina. Hay que estar muy ciegos para no descubrir que, a lo largo de la historia, muchos cambios fueron efectuados por cristianos incómodos y teólogos molestos. Lo que en un principio fue aceptado como una lamentable desobediencia o incluso como un inconformismo rebelde, la propia Iglesia, con el paso del tiempo, terminó aceptándolo sin mayores dificultades.

Cuando se mira hacia atrás, sin necesidad de acudir a tiempos lejanos, los avances que se han producido en el campo de la Escritura, del Dogma y de la Moral fueron realizados, en sus comienzos, por autores que resultaron molestos y sospechosos. Costó mucho trabajo integrar los nuevos avances en el campo bíblico. Al leer ahora los numerosos documentos publicados contra estas nuevas aportaciones, es inevitable, al menos, una sonrisa de benevolencia. Casi nada de lo que entonces se decía en ellos tiene vigencia en la actualidad. La misma renovación teológica, en la década de los cincuenta, provocó otra serie de condenas y prohibiciones, y algunas obras terminaron en el *Índice de libros prohibidos,* al tiempo que determinados profesores fueron apartados de sus cátedras o condenados al silencio, aunque al cabo de algún tiempo la propia Iglesia terminaría reconociendo sus méritos y premiando sus esfuerzos con dignidades eclesiásticas. En estos últimos años, la crisis se ha centrado en los problemas morales, que han sido objeto de especial preocupación, como se manifiesta en los últimos documentos o encíclicas sobre temas de moral fundamental, sexualidad y bioética[2].

3. Enseñanzas de la historia: tradición y tradiciones

Cuando se contemplan con perspectiva histórica estas discusiones y condenas mutuas entre los mismos autores católicos, resulta difícil comprender los apasionados debates que motivaron[3]. Y me imagino

2. Me remito, por ejemplo, a las encíclicas *Humane vitae, Veritatis splendor* o *Evangelium vitae,* además de otros documentos romanos.
3. Muy interesantes son los casos históricos que analiza J.I. GONZÁLEZ FAUS, *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesiástico,* Herder, Barcelona 1996.

que, con el paso de los años, muchos problemas éticos que ahora tenemos planteados quedarán resueltos sin levantar las tensiones que ahora suscitan. Cualquier persona, incluso los santos, que buscaron abrir nuevos caminos, han resultado siempre sospechosos y criticados, ya que rompían los esquemas vigentes y resultaban peligrosos. Hoy podemos recoger con agradecimiento la cosecha que ellos sembraron. Pero sería injusto dejar en el olvido el dolor y la injusticia que soportaron cuando fueron condenados como traidores, iluminados, locos o equivocados.

De todo lo dicho se deduce una primera conclusión. No supone ningún descrédito para la autoridad reconocer que su tarea no consiste en ser un agente de cambio. Su voz ha de invitar a la reflexión, a la prudencia y la serenidad para no dejarse llevar por las últimas novedades, como si todo lo nuevo incluyera de inmediato un sello de garantía. Pero su celo debería también moderarse dentro de unos límites razonables, pues, como afirma el Vaticano II, «las instituciones, las leyes, los modos de pensar y sentir heredados del pasado no siempre parecen adaptarse bien al actual estado de cosas»[4].

La verdad y el rico patrimonio recibido de la tradición no pueden sacrificarse en aras de cualquier novedad. Pero de la misma manera que el error y la mentira pueden pervertir la herencia del pasado, existe otro espíritu mentiroso –mucho más sutil y encubierto– que impide el conocimiento de las nuevas verdades que históricamente se van gestando. En la balanza de la valoración nunca es fácil adivinar cuál de las dos posturas resulta más peligrosa, pues ambas constituyen un atentado contra la verdad.

La fidelidad busca sostener un valor fundamental contra el desgaste del tiempo, para que el paso de los años y las nuevas circunstancias no destruyan su permanencia. Es un esfuerzo por defenderlo contra cualquier amenaza que lo ponga en peligro. Hay fidelidades, sin embargo, que nacen más bien de la inercia de una costumbre que ya no tiene sentido, o de la obstinación narcisista y cómoda de quien prefiere la rutina, sin atreverse a recrear el pasado[5]. Lo difícil, sin embargo, es sa-

4. *Gaudium et Spes,* 7.
5. Este punto lo he tratado en *Simbolismo de la sexualidad humana. Criterios para una ética sexual,* Sal Terrae Santander 1995², 205-212. Además de la bibliografía ahí citada, cf. AA.VV., «La fidélité. À l'épreuve du temps»: *Christus* 169 (1996).

ber distinguir con lucidez la tradición intocable y definitiva de aquellas otras que, aunque en un momento puedan parecerlo, no encierran esta condición absoluta[6]. Existe el peligro de absolutizar en exceso lo que ya se ha conseguido, de escribir con mayúscula lo que, a lo mejor, no necesita tanto relieve. Y la autoridad, por su propia naturaleza, como hemos dicho, prefiere mantener y conservar lo ya conocido para no enfrentarse a los conflictos que se derivan de todo cambio.

4. Entre la obediencia y la audacia

La obediencia tendrá siempre un valor psicológico y social para la estructuración del individuo y de las instituciones, pero no es el único, ni siquiera el más importante, en todas las circunstancias. B. Häring reconocía que en la Iglesia existe una «neurosis de paternalismo»[7]. Frente al desconcierto que algunos experimentan por el pluralismo existente, se busca la unión con el poder de la autoridad y una vigilancia extrema sobre cualquier posible desviación. Hay que reconocer que la función del teólogo no se puede limitar estrictamente a explicar la doctrina del magisterio –como se ha dicho muchas veces y se repite también hoy–, pues significaría una lamentable mutilación para la comunidad cristiana.

En el comentario-presentación del cardenal Ratzinger, nuestro actual pontífice, a la *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo,* no dudó en afirmar que «la teología no es, simple y exclusivamente, una función auxiliar del magisterio; no debe limitarse a aportar argumentos en favor de lo que afirma el magisterio»[8], pues «en dicho caso, el magisterio y la teología se aproximarían a una ideología para la cual lo único que cuenta es la conquista y el mantenimiento en el poder»[9].

---

6. Ver el interesante artículo de M. SOTOMAYOR, «Historias, historia y condicionamiento histórico»: *Proyección* 40 (1993) 225-240. U. BECK – E. BECK-GERNSHEIM, *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa,* El Roure, Barcelona 1998. También M. VIDAL, «Progreso y Tradición moral» y «Notas sobre el valor de la Tradición y de las tradiciones en Teología moral»: *Moralia* 22 (1999) 39-56, y 23 (2000) 121-138.
7. B. HÄRING, «La ética teológica ante el tercer milenio del cristianismo», en AA.VV., *Conceptos fundamentales de ética teológica,* Trotta, Madrid 1992, 19.
8. Tomado de J.L. ILLANES, «La vocación eclesial del teólogo»: *Scripta Theologica* 22 (1990), 876, nota 20.
9. Puede verse en *Ecclesia* 2.483 (1990) 1.004.

Si la reflexión teológica es una verdadera ciencia, ha de verificar el fundamento de sus afirmaciones y no aceptar como argumento primordial o exclusivo una afirmación de la autoridad que no pueda justificarse. Ciertamente es inconcebible como una ciencia autónoma, porque quiere servir a la palabra de Dios para mantener la fe del pueblo; pero debe tener la audacia de hacerla más comprensible y cercana a las nuevas situaciones históricas.

Cualquiera puede comprender que, antes de que en la Iglesia se acepte una determinada doctrina, ha de elaborarse en otros niveles inferiores. Lo que afirma un seglar, tal vez no puede enseñarlo un profesor en su cátedra, ni ser aprobado por el obispo o por la conferencia episcopal. De la misma manera que lo que manifiestan los obispos reunidos de una nación es posible que no sea aprobado por un sínodo; e incluso, que las peticiones casi unánimes de un sínodo no sean finalmente aceptadas por el propio Papa, como ha ocurrido en algunas ocasiones[10]. A medida que se asciende por esa escala, la opinión sostenida ha de adquirir una dosis de mayor firmeza y seguridad. Sería absurdo que una encíclica expusiera una enseñanza discutida y que no ha obtenido todavía un grado de suficiente solidez. Pero que no sea confirmada por la autoridad suprema sólo significa que, por el momento, no parece aún conveniente concederle ese respaldo oficial. Como declaraba el Documento de la Comisión para la Doctrina de la Fe: «A menudo, sólo después de un cierto tiempo es posible hacer una distinción entre lo necesario y lo contingente»[11].

Esto significa, dicho de otra manera, que la reflexión de los teólogos tiene que ir a veces un poco más allá de la doctrina oficialmente enseñada. Son como los primeros pasos de otros caminos que se abren y que podrían ser fecundos para la Iglesia, aunque todavía no estén aprobados. El mismo Juan Pablo II exigía a los teólogos alemanes que presentaran en sus reflexiones otras propuestas, como nueva oferta que se hace al magisterio para que puedan ser corregidas y analizadas en un diálogo fraterno, hasta que la Iglesia juzgue conveniente aceptar-

10. Así sucedió con alguna proposiciones presentadas por el Sínodo sobre *La Familia* y sobre *Reconciliación y Penitencia,* que Juan Pablo II no aceptó en sus exhortaciones posteriores sobre estas asambleas. De ello traté en *La familia: del Sínodo a la Familiaris consortio,* Facultad de Teología, Granada 1982, y en «El tema del pecado en los documentos del Sínodo del 83», en *Miscelánea Augusto Segovia,* Facultad de Teología, Granada 1986, 359-408.
11. *La vocación eclesial del teólogo,* n. 24. Véase en *Ecclesia* 2.483 (1990), 20-30.

las[12]. Y en Salamanca había insistido también en la creatividad y la fidelidad a la tradición, como dos características básicas del trabajo teológico. Como ciencia, debe hacerse sensible «a las exigencias de la cultura moderna y a los problemas más profundos de la humanidad actual»; pero como teología, debe estar «dinámicamente integrada en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética»[13].

5. La importancia de los cristianos incómodos

En estas condiciones, es inevitable una cierta conflictividad entre lo aceptado oficialmente y las nuevas perspectivas que no encajan por completo dentro de las más tradicionales. Un tiempo de espera, reflexión y diálogo que no puede cerrarse de forma inmediata y definitiva. Cualquiera que hoy se atreva a ir un poco más allá de las fronteras trazadas por la autoridad queda señalado de inmediato como peligroso y disidente. Un marca que permanece grabada de forma definitiva, como algo indeleble. Nadie puede negar que se mantienen unas apariencias externas para prevenir conflictos y no crear más tensiones, pero con un malestar interior que se guarda en silencio. Tampoco es difícil encontrar personas que, por su responsabilidad y prestigio, manifiestan en privado su descontento, sin que se atrevan a manifestarlo hacia fuera. Sin afirmaciones exageradas o demasiado genéricas, los que sienten menos apoyo en las instituciones eclesiales no son los grupos más conservadores, sino los que buscan una apertura y tratan de avanzar hacia adelante[14].

A ningún superior le agrada precisamente tener que vérselas con personas inquietas que buscan nuevos caminos. Ya hemos dicho que esas personas son molestas y ponen en peligro la armonía de cualquier comunidad. Pero sería una pena y una tragedia que desaparecieran de la Iglesia los cristianos incómodos, los teólogos «rebeldes». A pesar de los malos ratos y conflictos que puedan provocar, han aportado tam-

12. El teólogo «debe hacer nuevas propuestas... pero no son nada más que una oferta a toda la Iglesia. Muchas cosas tendrán que ser corregidas y ampliadas»: Discurso a los teólogos en Altötting, *Papst Johannes Paul II in Deutschland,* Offiziele Ausgabe, Bonn 1980, 171.
13. *Acta Apostolicae Sedis* 75 (1983) 259-284. Las citas, en 260 y 262.
14. Me remito a lo que ya escribí en «Esperanza que perdura en la vida de cristianos amenazados»: *Sal Terrae* 90 (2002) 233-245.

bién una contribución, que no se habría conseguido con la mera obediencia[15]. La historia demuestra el agradecimiento a que se han hecho posteriormente merecedores, por todo lo que tuvieron, a veces, que sufrir en silencio para conseguir con posterioridad los nuevos avances que ahora disfrutamos. También es verdad que la inquietud de otros no fue tan positiva, por una serie de circunstancias, dejando al juicio de Dios el reparto de responsabilidades entre todos los implicados.

La doctrina acerca de los católicos divorciados que se han vuelto a casar «por lo civil», de la que se ocupa el anterior artículo de Pablo Guerrero en este mismo número de *Sal Terrae,* me parece que es un ejemplo característico. Desde hace mucho tiempo, la situación de estas personas, que no pueden acercarse a los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, se había convertido en un motivo de preocupación pastoral en muchos sectores eclesiales. Muchos creemos que, sin renegar de las exigencias evangélicas, es posible que sientan también el perdón y la ternura de Dios. Los intentos de una reconciliación plena han sido propuestos en diferentes ocasiones, aunque la doctrina oficial negaba siempre esta posibilidad. La insistencia, sin embargo, ha continuado hasta el punto de que en dos Sínodos de Obispos se le pidió al Papa que buscara una solución a este problema. Todavía no se ha dado una respuesta, aunque la *Familiaris consortio* supuso un significativo avance sobre la doctrina anterior. Cuando, de forma unánime, un Sínodo pide una reforma en este punto, no significa que se oponga al Papa, sino que le anima a una búsqueda que sigue demorándose durante demasiado tiempo. Pero ninguna instancia jerárquica se habría atrevido a hacer esta petición si no se hubiera podido pensar algo más de lo que oficialmente se permitía, creando un ambiente que anima a una reflexión más profunda[16].

---

15. Recomiendo la lectura de J. VITORIA, «Los conflictos en la Iglesia»: *Sal Terrae* 80 (1992) 775-784; J.M. LABOA, «Los cristianos incómodos»: *Sal Terrae* 78 (1990) 291-302; ID., «Teólogos bajo sospecha»: *Sal Terrae* 84 (1996) 107-116. B. HÄRING, «La disidencia en la Iglesia»: *Éxodo* 36 (1996) 47-53; E. LÓPEZ AZPITARTE, «De la obediencia a la transgresión»: *Razón y Fe* 233 (1996) 579-591; W. BEINERT, «Diálogo y obediencia en la Iglesia»: *Selecciones de Teología* 39 (2000) 61-70.
16. Entre la abundante bibliografía, me remito a P. DE CLERCK, «La réconciliation pour les fidèles divorcés remariés»: *Revue Théologique de Louvain* 32 (2001) 321-352; J.M. LAHIDALGA, «Pastoral y divorciados que vuelven a casarse. Aplicaciones prácticas»: *Surge* 60 (2002) 161-175; S. BOTERO, «Algunas razones para una mayor flexibilidad del principio evangélico de la indisolubilidad

6. Dos funciones diferentes y complementarias

Es cierto que tanto la reflexión teológica como el magisterio tienen un objetivo común: conservar y hacer comprensible la palabra de Dios, pero con una sensibilidad algo diferente. La doctrina oficial busca, sobre todo, defender el depósito de la revelación, libre de todas las impurezas y novedades que podrían adulterarlo; lo propone a la comunidad de fieles con un sentido pastoral, sin mayores explicaciones que dificulten su comprensión; y tiene, por tanto, un carácter más bien «conservador» –no en un sentido peyorativo–, para poner en guardia frente a otras interpretaciones no aceptadas. Una función necesaria e imprescindible y a la que no puede renunciar.

El teólogo, por su parte, no posee la libertad del filósofo que se deja conducir por la luz de la razón. Ni vive tan preocupado por el bien de los fieles, como objetivo prioritario, para evitar confusiones. Su interés se centra prioritariamente en cómo hacer comprensible y justificable la verdad revelada a un mundo, una cultura y una sensibilidad distintos de los de otras épocas. Le preocupa abrir horizontes de comprensión y profundizar en el conocimiento de los datos revelados o de las exigencias éticas que han de aplicarse a nuestro mundo actual. Esto hace que, en ocasiones, rebase la doctrina oficial, proponga hipótesis diferentes de las que se consideran más tradicionales e, incluso, provoque una cierta inquietud y confusión en quienes –por temperamento, por formación o por ignorancia– se sientan algo desconcertados. Y cuando se da una dialéctica entre objetivos diferentes, aun dentro de una misma finalidad, es comprensible que surja una cierta tensión y conflicto.

Ante estas circunstancias, que son una realidad en nuestra Iglesia de hoy, quisiera proponer algunas reflexiones, con la mayor buena voluntad. No creo que sean estrictamente individuales, pues están recogidas también de lo mucho que se oye y se publica.

---

tradicional. Un intento de búsqueda»: *Carthaginensia* 19 (2003) 1-19; E. López Azpitarte, *Simbolismo de la sexualidad humana,* Sal Terrae, Santander 2005[2], 229-235. En el reciente Sínodo de Obispos tampoco han querido ningún cambio en la práctica actual.

7. Hacia una autoridad convincente

Con el deseo de superar relativismos y falsas interpretaciones, hay un deseo comprensible de conseguir una mayor unanimidad en todos los temas discutidos, sobre todo en el campo de la moral y, más en concreto, en los problemas relacionados con la bioética. El magisterio intenta ofrecer una enseñanza a la que todos los fieles han de obedecer. Pero el peligro actual consiste en pretender imponer por la fuerza de la autoridad lo que debería tener una razón convincente. La teología es un esfuerzo por hacer razonable nuestra fe, aunque tenga que dejarse un espacio al misterio que encierra la revelación. Pero especialmente la moral, que pertenece al ámbito de las realidades humanas, se ha de apoyar en una base razonable. Con la amenaza, el miedo y la condena se podrá conseguir una armonía externa, pero no se ayudará a formar una conciencia responsable. Y me parece, aunque pueda equivocarme, que ésta es una de las razones por las que la credibilidad de la Iglesia ha descendido tanto, como manifiestan las encuestas, en el aprecio de nuestra sociedad.

El mismo santo Tomás da una definición espléndida, desde el punto de vista antropológico, de lo que significa la ofensa a Dios, «pues no es ofendido por nosotros, si no es porque actuamos contra nuestro propio bien»[17]. El pecado es una deshumanización del ser humano, y cuando una conducta se considera inaceptable, la gente tiene derecho a saber el porqué de esa valoración. Me parece que es aquí donde la Iglesia se juega su credibilidad. O somos capaces de explicar con razones convincentes las propuestas que presentamos como creyentes, o nuestra oferta quedará descartada en nuestro mundo. Lo que no resulta válido es seguir creando conciencias configuradas por la fuerza de la autoridad[18]. Y hay serios indicios de que se quiere seguir por este camino. Dos hechos me parecen especialmente significativos.

Es bien conocido el intento de quitarle autoridad magisterial a las Conferencias episcopales, por temor, probablemente, a que un colectivo tan significativo pudiera entrar en conflicto con el magisterio de

17. «Non enim Deus a nobis offenditur nisi ex eo quod contra nostrum bonum agimus»: *Suma contra los gentiles,* lib.3, cap. 122, n. 2.
18. Me sigue pareciendo muy bueno el capítulo sobre la conciecia autoritaria de E. Fromm, *Ética y psicoanálisis,* Fondo de Cultura Económica, México 1971, 157-172.

Roma o tratara de matizarlo. El rechazo de este proyecto fue bastante unánime desde el principio[19]. Sin entrar en otras consideraciones, es un indicio de ese mayor centralismo. Algo parecido se podría decir sobre la nueva valoración teológica, cuando una doctrina enseñada por el Papa, en comunión con los obispos, se vuelve definitiva, sin posibilidad de discusión. Lo que antes podría considerarse como enseñanza común, ahora se convierte, en la práctica, en infalible. Es una forma de imponer con el peso de lo definitivo doctrinas que aún se estaban discutiendo en la Iglesia, para impedir cualquier nueva reflexión. Ya sé que pueden darse justificaciones; pero éstas no han resultado convincentes para muchos teólogos, que siguen viendo en tales medidas el deseo de reforzar la autoridad del magisterio[20].

8. Hacia una eclesiología de comunión y diálogo

Dicho de otra manera: en la Iglesia actual existen dos tendencias claramente definidas. Muchos están convencidos de que determinadas interpretaciones erróneas del Vaticano II han puesto en peligro aspectos fundamentales de la vida cristiana, y desean frenar cualquier intento que pudiera provocar nuevas amenazas. Se mantiene una actitud defensiva, como una vuelta hacia atrás, que asegure, clarifique e impida

19. A. NAUD, «Dans le prolongement du Colloque de Salamanque. Le magistère des Conférences Épiscopales»: *Sciences et Esprit* 41 (1989) 93-114. Y el excelente artículo de A. ANTÓN, «El "munus magisterii" de las conferencias episcopales. Horizonte teológico y criterios de valoración»: *Gregorianum* 70 (1989) 741-778. Con posterioridad, G. CHIRLANDA, «Il M.p. "Apostolos suos" sulle Conferenze dei Vescovi»: *Periodica* 88 (1999) 609-657; J. MARTÍNEZ GORDO, «La Curia Vaticana y las Conferencias episcopales: una complicada y deficiente relación»: *Lumen* 54 (2005) 43-70. L. ÖRSY, «Las Conferencias episcopales y la fuerza del Espíritu»: *Razón y Fe* 241 (2000) 153-164; F.A. PASTOR, «"Authenticum episcoporum magisterium". Las conferencias de obispos y el ejercicio de la "potestas docendi"»: *Periodica de Re Canonica* 89 (2000) 79-118.
20. A. ANTÓN, «I teologi davanti all'istruzione "Donum veritatis"», *Gregorianum* 78 (1997) 223-265; J.F. CHIRON, «L'autorité du Magistère infaillible lorsqu'il se prononce sur des vérités non révelées. Dossier théologique»: *Revue d'Éthique et Théologie Morale;* R.R. GAILLARDETZ, «El magisterio ordinario universal: problemas no resueltos»: *Selecciones de Teología* 43 (2004) 171-186; B. SESBOÜÉ, *El magisterio a examen. Autoridad, verdad y magisterio en la Iglesia,* Mensajero, Bilbao 2004; D. MOLINA, *Evolución y vigencia de las condiciones de infalibilidad,* Facultad de Teología, Granada 2005.

seguir adelante. Otros, por el contrario, creen que la aplicación del Concilio se ha quedado a medio camino, sin sacar las consecuencias de sus planteamientos. Nadie puede negar que la primera postura es la predominante entre los responsables actuales de la comunidad católica, lo que despierta en el otro grupo un malestar que desemboca, a veces, en la indiferencia o en el alejamiento.

Hoy se habla mucho de diálogo, con documentos espléndidos sobre su necesidad, pero es una actitud de la que todavía adolecemos la mayoría. Se necesita un esfuerzo grande por parte de todos –en nuestro caso, jerarquía y teólogos– para superar las prevenciones, sospechas mutuas, recelos profundos, como si no fuese posible hablar con sinceridad, exponer la propia visión, abrirse con la escucha a la postura del otro. La valoración podrá ser equivocada, pero tengo la impresión de que, por razones comprensibles –falta de tiempo, preocupaciones de otra índole, presiones que conlleva la responsabilidad, eficacia de las decisiones, etc.–, es más difícil encontrar este talante en la autoridad[21], aunque los teólogos también hayamos podido fallar.

La Iglesia no es una democracia; pero de la misma manera que incorporó en otros tiempos elementos de una sociedad monárquica, hoy podría recoger valores de nuestra cultura actual que ve con malos ojos una autoridad absoluta, como a veces se pretende. Poco tienen que decir los súbditos de cualquier nivel cuando tienen un responsable superior que conserva toda su eficacia. Una jerarquía sin diálogo con los fieles es tan lamentable y peligrosa como unos fieles sin relación con la jerarquía. La «eclesiología de comunión» debe prevalecer sobre una obediencia sumisa, en la que el pueblo es un simple objeto pasivo, sin poder decir otra palabra que la que le viene impuesta. No hay que tener mucha experiencia para ver cómo funcionan los súbditos cuando, en reuniones, asambleas o sínodos, se siente mediatizados por la autoridad. Es un situación que a muchos les gustaría ver superada, para que la propia Iglesia se hiciera más creíble[22].

---

21. Desde esta perspectiva es interesante la lectura de B. HÄRING, *Mi experiencia con la Iglesia,* Perpetuo Socorro, Madrid 1989.
22. W. SEIBEL, «¿Es la democracia ajena al ser de la Iglesia?»: *Selecciones de Teología* 35 (1996) 173-174; W. BEINERT, «Diálogo y obediencia en la Iglesia»: *Selecciones de Teología* 39 (2000) 61-70. Ver J.M. CASTILLO, «Comunión eclesial y opinión pública»: *Iglesia Viva* 212 (2002) 4-31.

Ya sabemos lo que dice el Derecho Canónico sobre la recepción de una enseñanza de la Iglesia por el pueblo de Dios. Pero cuando son muchos los que manifiestan dificultades, desean nuevas reflexiones e insisten en la posibilidad de una aplicación con mayores matizaciones, no se puede ignorar esas situaciones. Es gente que ama a la Iglesia, que busca el bien de los demás y que desea hacer presente la fuerza del evangelio, sin ninguna mala voluntad. Es una solución poco elegante decir que el tiempo dará la razón, olvidando los errores que se cometieron en el pasado. Y ese pasado del que nos arrepentimos, como hizo Juan Pablo II, no está siempre superado en el presente. «Aún hoy día en nuestra Iglesia podemos tropezar con algunas "formas de gobierno" que enturbian el mensaje luminoso del Evangelio»[23]. Queda siempre la esperanza de que algún día sea realidad un diálogo más fraterno, en el que todos seamos capaces de escucharnos mutuamente.

23. «El perdón y las facturas pendientes»: *Razón y Fe* 241 (2000) 466. El editorial merece una lectura completa. Cf. también J.I. GONZÁLEZ FAUS, «"Lo que afecta a todos debe ser tratado y aprobado por todos". Cuando el pueblo de Dios tenía voz y voto»: *Sal Terrae* 84 (1996) 97-106; A. ANTÓN, «La recepción en la Iglesia y Eclesiología I y II»: *Gregorianum* 77 (1996) 57-95 y 437-469; D. VITALI, «Universitas fidelium in credendo falli nequit (LG 12). Il "sensus fidelium" al Concilio Vaticano II»: *Gregorianum* 86 (2005) 607-628.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANDRÉS TORRES QUEIRUGA

Diálogo de las religiones y autocomprensión cristiana

152 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 9,50 €

Sólo compartiendo lo que creen mejor, en un diálogo lleno de respeto y siempre dispuesto a dar y recibir, pueden las distintas religiones ir acercándose a la inagotable riqueza del Misterio. Comprendido así, el diálogo no pide el desdibujamiento de la propia identidad. Lo que exige es únicamente mantenerla abierta, porosa y receptiva: *semper reformanda,* siempre en trance de reforma. La verdadera identidad nunca está en el pasado muerto, sino delante, en el futuro de Dios, que es siempre llamada a la conversión y promesa de una mayor plenitud.

ST 93 (2005) 989-997

Comprender, ser comprendido y vivir cristianamente con identidad homosexual

José Antonio García-Monge, SJ*

Dato de la realidad psicosocial y eclesial

Siglo XXI: realidades de siempre en el complejo entramado psicológico, social y eclesial adquieren una relevancia mediática. Su traducción a términos jurídicos y su valoración social se realizan en medio de tormentas emocionales y polémicas, algunas comprensibles, que radicalizan posturas extremas. Sin entrar en una macrovisión histórica y en la «manipulación sociopolítica», el dato –más significativo y cualitativo que cuantitativo– es que personas que se reconocen y expresan homosexuales experimentan dificultades con frecuencia intrapersonales, pero también –y es obvio– más visiblemente sociales y de pertenencia y comunión con la estructura eclesial. En este nivel, es importante para muchas de estas personas: recelos en la pertenencia, desconfianza, hipervigilancia, vetos, rechazos, condenas indiscriminadas... El hombre o la mujer homosexual que se cree y se siente con experiencia y vocación cristiana puede experimentar que no tiene acceso sereno y abierto al seguimiento, reconocido eclesialmente, de Jesús. No se trata de refugiarse en la intimidad e intimismo de su conciencia, sino de una experiencia visibilizada comunitariamente, sin que puedan, con realista percepción, sentirse obligados a una existencia de «catacumbas» que les permita sobrevivir.

No podemos en este espacio tratar con profundidad y de manera exhaustiva los problemas intrapersonales y existenciales de personas homosexuales –como de tantas otras personas en los más variados ám-

* Jesuita. Psicoterapeuta. Madrid. <jagmonge@inves.es>.

bitos de la vida– que, como psicoterapeuta, he escuchado con empatía, respeto y ayuda para su análisis e integración. Tampoco es éste el momento de hacer de lecturas puramente sociológicas (espacios familiares, laborales, etc.) Nos fijaremos en la acogida –y, más concretamente, en la *mediación eclesial* de esa acogida– del don de la Fe y de la invitación al seguimiento de Jesús y el acontecer de su Reinado, en personas que se identifican como homosexuales y experimentan dificultades, en el desarrollo de su vida humana y cristiana, provenientes de la percepción y valoración de esa dimensión de su ser sexuado.

De la culpabilidad a la rebeldía

Dentro de los más variados itinerarios existenciales, no es infrecuente que la persona cristiana que se reconoce homosexual en unos referentes psicosociales y, sobre todo, eclesiales experimente, hasta la aceptación serena de su tendencia sexual, procesos que pasan por el desconcierto, en ocasiones traumas originarios y originantes, dificultad para nombrar y, en especial, para situar la orientación de su ser sexuado. Con las dificultades subjetivas que les acompañan, estos procesos pueden agravarse y, de hecho, se ven agravados por la dificultad de diálogo con el entorno más cercano y los referentes más profundos. Si a esa dificultad psicosocial se añaden problemas provenientes de la comprensión de «lo religioso» en las diferentes dimensiones teológicas que desembocan en la moral, pero que pretenden traer su mensaje de mayores profundidades, la angustia existencial, en esta etapa de renegociación de la propia identidad, aumenta y puede incluso desbordarse amenazadoramente para la persona y su sistema de creencias.

Se puede generar en la persona un sentimiento de culpabilidad, que no es, en este caso, el mejor consejero para tramitar la propia identidad. Este sentimiento de culpa puede estar introyectado por el medio, es decir, no ser un sentimiento internalizado que pueda confrontarse serenamente con los principios éticos y con la libertad situacional.

El psicoanálisis nos dirá que, por insoportable, esta culpa la relegamos al inconsciente; ella no facilita salidas psicológicamente sanas y éticamente correctas. Complica más que clarifica, neurotiza más que motiva hacia la salud integral. Además de la fragilidad y las estructuras personales, el *medio,* y en especial si lo hace con la resonancia de un altavoz «divino», dificulta mucho más el espacio sosegado para el diálogo con uno mismo y con los demás, y puede deteriorar la imagen

de Dios y el diálogo oracional creyente con Él. Reflexionando sobre genética y aprendizaje, veremos más adelante las dificultades que pueden presentarse a la humana responsabilidad; de una manera operativa, el optar desde un sentimiento de culpa más que desde una conciencia de culpa, si la hubiere y fuere adecuada, complica la salud psíquica y moral de la opción. Cuando el entorno eclesial es ambiguo en su aceptación de la realidad del otro, o inequívoco en su rechazo culpabilizador, la persona señalada con el dedo acusador necesita mucha lucidez, información, confianza básica para fiarse de Dios antes que de los hombres. El don del conocimiento del Dios de Jesús, en su misericordia liberadora, ha de ser acogido mucho más hondamente que las emociones que pro-voca el desprecio farisaico de los satisfechos con su propia «justicia».

De la «culpabilidad», pasando por el mutismo y el aislamiento, algunas personas pueden pasar a adoptar la rebeldía como lenguaje de protesta o autoafirmación ruidosa. Esta rebeldía es susceptible de ser leída en clave adolescente o, en su caso, como afirmación adulta ante una tensión calificada de injusta. Señalo esto porque, en ocasiones, algo que la Iglesia católica pide a hombres y mujeres homosexuales y que puede ser entendido en términos de convivencia pacíficamente respetuosa, sin públicas e innecesarias ostentaciones en un sentido o en otro, se ve estimulado, como respuesta al tono y contenido de estos mensajes eclesiales, por autoafirmaciones de colectivos y grupos que se rebelan contra lo que consideran un tratamiento desigual e injusto. Tal vez el lenguaje, más clerical que eclesial, molesta por su ambigüedad o por su intolerancia, olvidando, en la peor de las consideraciones de la dimensión que tratamos, aquello de que «el que esté sin pecado, tire la primera piedra».

Investigación de la homosexualidad

Yendo más allá de las opiniones, prejuicios o estereotipos socioculturales que han ido evolucionando en diferentes subculturas, matizaremos algunas conclusiones que la investigación científica sobre la homosexualidad nos aporta. No es fácil valorar ni traducir en un lenguaje asumible en la sociedad diferentes puntos de vista e inducciones empíricas. La dimensión emocional impregna mucho el lenguaje valorativo de la homosexualidad. Igualmente, los roles aprendidos de lo que es ser hombre o mujer son, en muchos aspectos, tan cambiantes que nos encontra-

mos con un espacio humano de investigación no tan aséptico como exigiría la ciencia. Y más que la ciencia en sí misma, las lecturas individuales y grupales de la realidad estudiada o la ignorancia de su rigor metodológico nos permiten intuir que no estamos ante una realidad «neutral», sino ante un torbellino de emociones que dificultan el acceso a la realidad humana que, en diferentes dimensiones, comporta la homosexualidad. Señalo esto porque creo que, independientemente de la pedagogía y el respeto eclesial hacia las personas con tendencia homosexual, existe una presión social que no tiene que ver con moral religiosa ni con sistema de creencias alguno, sino con los vaivenes de la misma sociedad, que fluctúa en su relación con el fenómeno homosexual.

Etiología de la homosexualidad

Transcribo de Salvador Alario (1992), en su libro *Aproximaciones teóricas en la investigación de la homosexualidad,* el esquema en el que resume los paradigmas que intentan explicar esta etiología.

PARADIGMA	PRINCIPAL AGENTE CAUSAL	AUTOR MAS REPRESENTATIVO
BIOGÉNICO	ORGÁNICO Genético Hormonal postnatal Hormonal prenatal	KALLMANN KOLODNY, TORO... DÖRNER
INTERACCIONISTA Biopsicosocial (postnatal)	HORMONAL PRENATAL y SOCIOCULTURAL	MONEY FELDMAN y MCCULLOCH
CONDUCTUAL (Aprendizaje Social)	CONDICIONAMIENTO VICARIANTE (fundamentalmente)	BANDURA
PSICOANALÍTICO (conflictos infantiles no resueltos y, por ende, relegados al inconsciente)	INTRAPSÍQUICO	FREUD

Como puede observarse por el esquema que antecede, las dos opciones que señalan una encrucijada en la investigación de la etiología son la naturaleza y la cultura. Dicho de otra manera, tienen importancia los determinantes biológicos o los aprendizajes psicológicos realizados en el medio en el que el individuo se desarrolla. A pesar de todo el rigor metodológico, una atenta valoración de resultados, que oscilan en estos últimos cincuenta años en favor de una u otra causa, no nos permite decantarnos con fiabilidad científica por ninguna de las hipótesis de trabajo o aparato estadístico de resultados. Concediendo un valor creciente a la tesis genética y biomédica, tenemos que seguir considerando como seria la dimensión de aprendizaje social, que se ha mantenido siempre con mayor o menor fuerza en el estudio de la homosexualidad, no pudiendo con rigor científico probar las tesis freudianas.

La homosexualidad como enfermedad

Durante siglos –dependiendo, claro está, de las diferentes culturas–, se ha considerado la homosexualidad dentro de la psicopatología e incluso en el marco de enfermedades organicistas. En los últimos años, basta revisar el DSM-II, DSM-III, DSM-IV para comprobar el distinto tratamiento de la homosexualidad desde el punto de vista psiquiátrico, médico y psicológico. Hoy no podemos considerar la homosexualidad como una enfermedad, ni catalogarla dentro de las perversiones sexuales, lo cual no significa que individuos concretos, tanto homosexuales como heterosexuales, puedan vivenciarla y conducirse en ella y a través de ella patológicamente. Un aspecto sobre el que se ha polemizado en los últimos años es que la homosexualidad, aparte de ser una tendencia de la persona, generalmente conlleva unos problemas que son al menos neurotizantes para quienes, en la sociedad concreta en que vivimos, se vivencian con ese lenguaje sexual. Es cierto que pueden darse, y de hecho se dan, estos casos; pero no es menos cierto que la variable social, el rechazo, la clandestinidad, etc. pueden explicar dificultades psicológicas no atribuibles a la tendencia sexual en sí misma. Podemos definir la homosexualidad como «la excitación o conducta sexual recurrente o exclusiva entre personas del mismo sexo, cuando éstas han alcanzado el desarrollo sexual y a pesar de tener la oportunidad de mantener relaciones heterosexuales» (Carrobles, 1987). En esta definición se subraya el comportamiento homosexual recurrente, no de manera episódica o puntual ni en unas condiciones en las que podrían darse posibles re-

laciones heterosexuales. Esta variación de la conducta sexual o de la tendencia o impulso en homofilia no considerada como enfermedad, no significa que no acarree problemas psicosociales o incluso intrapersonales al individuo que protagoniza dicha vivencia.

Antropología de la sexualidad

Al considerar la situación de una persona con tendencia homosexual, no podemos verla con un reduccionismo unidimensional. Se trata de un hombre o una mujer que, en su desarrollo biológico y en su aprendizaje social, ha ido configurando una inclinación afectivo-sexual hacia personas del mismo sexo. Lo cual significa que esa persona, además de la tendencia hemofílica, debe ser considerada integral y globalmente con todas las dimensiones que corresponden a la persona. Entendemos que pueda calificársela de homosexual, aunque en este aspecto, a pesar de los tests de personalidad (e.g., MMPI, etc.), la palabra definitiva la tiene la autorrevelación. Pero igualmente habría que calificarla atendiendo a su CI, a su inteligencia emocional, a sus habilidades sociales, a su mundo axiológico, a su competencia profesional, a sus destrezas deportivas, etc. Decir de una persona que es homosexual es un reduccionismo apresurado que no hace justicia a la rica complejidad del ser humano. Cuando una comunidad eclesial, con objetividad o sin ella, etiqueta a una persona de «homosexual», está hablando de una parcela, sin tener en cuenta un universo mucho más rico y no reductible a esa única dimensión. Es verdad que la sociedad está en principio pensada heterosexualmente. Lo cual complica la inserción de algunos individuos homosexuales en el engranaje social, pudiendo conllevar dificultades morales que deterioran la confianza en los encargos psicosociales hechos a estos individuos concretos.

La sexualidad como lenguaje del amor comunicativo tiene su esencialidad en una profunda antropología cuando realmente acarrea el amor y lo comunica en los distintos registros de *ágape* o *eros,* dependiendo de la situación existencial y relacional.

Aludiendo a la Viena de su época, Freud escribía: «los jóvenes no saben desear donde aman ni amar donde desean». Conjugar deseo y amor es armonizar el ser sexuado en sus diferentes manifestaciones. No es necesario recordar que la sexualidad pertenece más al cerebro que la genitalidad en sí misma; que se es sexuado de los pies a la cabeza, y que el lenguaje genital es un registro importante en buscada y no siempre

lograda armonía psicosomática y espiritual. Sin sacralizar el sexo, devolviéndolo al más puro y profundo humanismo, tenemos que reconocer su hondura personal cuando la mujer o el hombre son capaces de vivirlo como un signo de identidad y una comunicación integral.

La persona con tendencia homosexual y motivación cristiana

Ante esta realidad, por otra parte no infrecuente, el primer paso sería, a nuestro entender, darse cuenta concretamente de todas las dimensiones implicadas en un dinamismo personal y social. Es decir, no obviar el problema, si es que se presenta, sino profundizar, clarificando caminos de veracidad personal y acogida creyente social, sobre todo en una motivación evangélica que considera gratuito y esencial el Reino de Dios.

En un proceso relacional en el que entra la comunitariedad de la fe, la persona creyente que se identifica, entre otras, por su tendencia homosexual, tendría que asumir eligiendo o elegir asumiendo una clarificación (en ocasiones terapéutica) con respecto al ver, sentir, incorporar e incorporarse en su identidad, y ver caminos y exigencias personales y sociales. Se trata de encontrar el camino hacia un amor oblativo, sea cual sea el nombre de su tendencia sexual dominante. Este amor es el que va a calificar la actitud y la apertura creyente, y va a connotar, con las virtudes que le acompañen, la interacción con la comunidad eclesial y humana.

La opción cristiana que podemos concretar en el seguimiento de Jesús desde la realidad y en la realidad histórica conlleva elecciones que encarnen el acontecimiento del Reino en la historia personal y social. Esto supone renunciar a todo aquello que vivenciemos como incompatible con ese seguimiento de Jesús y su Mensaje. Resulta comprensible en la cultura que vivimos, aunque es un tanto extraño a la luz del Evangelio, el que mensajes de Jesús como la imposibilidad de servir a Dios y al dinero se suavicen y acomoden al pacto implícito de las instituciones eclesiales con nuestro capitalismo salvaje. Sin embargo, llama la atención que la parquedad de los evangelios en lo referente al sexo se hipertrofie en la doctrina de la Iglesia, y se relativicen problemas mucho más graves como el del dinero y el del poder. No es que falten condenas de ese capitalismo liberal que fabrica pobres y genera miseria en casi dos tercios de la humanidad; pero en las posturas pretendidamente doctrinales, y en el fondo más emocionales, la dimensión sexual sigue siendo más alarmante a la hora de armonizar una vida cristiana.

La declaración de Jesús de superar la dicotomía (puro e impuro) y adentrarse en el corazón del hombre, recogida con dificultades iniciales en el Nuevo Testamento, se nos ha olvidado con facilidad, anatematizando más desde posturas ideológicas y emocionales que desde la fidelidad a la Revelación.

El principio-misericordia, como esencial a la entraña cristiana, nos puede situar con lucidez ante realidades como las identidades sexuales, pero siempre desde un corazón que sepa sintonizar con todo cuanto es humano. Esta misericordia esencial que supone el cumplimiento de la Ley es más importante que la normatividad que puede desarrollarse más desde el super-ego que desde el Dios de Jesús que nos ama gratuita y misericordiosamente.

Al pensar en la persona homosexual que vive su fe, estamos pensando en una persona para quien la misericordia y el amor son el lenguaje esencial de su vida, junto con la justicia y la esperanza. Pero ese universo teologal y entrañablemente cordial es exigible no sólo al individuo, sino a la comunidad que se identifica como cristiana; por lo tanto, la interacción persona-comunidad sólo se puede entender en una «fe que se realiza por el amor».

Otras virtudes como la castidad, o la armonía entre el cuerpo, sus manifestaciones y el espíritu, se contextualizan existencialmente en el ámbito del Amor. Este camino del amor, en ocasiones difícil y no exento de abnegación, nos irá dictando elecciones y renuncias siempre en función de alguien y de algo más valioso que la mera ascesis o pura abstención. Es la grandeza de la vocación cristiana, que, asumiendo lo humano y dando vida, pasa por momentos de muerte y resurrección integrables a la luz de la Pascua de Dios en Jesús. Este mensaje nos está hablando de un mundo real, en el que el valor de la cruz consiste en dar Vida, y en el que esa cruz no se puede negar, pues es sabiduría de Dios. Este lenguaje, especialmente incomprensible en nuestra cultura postmoderna caracterizada por el «eclipse de Dios», nos habla de opciones del corazón que la razón no sabe entender y que otorgan a la vida humana una calidad de confianza en el amor y en la verdad que nos hace libres.

Actitud eclesial

Recogiendo noticias más clericales que eclesiales, los medios subrayan frecuentemente, las actitudes de rechazo frente a todo tema sexual. Confundiendo muchas veces homosexualidad con enfermedades como

la pederastia, acusan a la Iglesia de una permisividad peligrosa e injusta para con la sociedad.

Creemos que no se trata de hacer un sitio a los homosexuales en la Iglesia, sino de reconocer su lugar, su vocación cristiana, y de recuperar la mirada de Dios sobre ellos. Esto conlleva una actitud de respeto, lucidez en el amor, flexibilidad en la caridad y disposición de apertura y acogida a todo el que de verdad busca.

En ocasiones particulares, la Iglesia deberá ofrecer las ayudas demandadas, en un proceso de inserción, reconocimiento y acompañamiento.

Prescindiendo del ámbito del sacerdocio ministerial, para el que recientemente el papa Benedicto XVI ha dictado unas precisas orientaciones, creemos que la actitud eclesial debe armonizar el respeto a la conciencia con las exigencias de la justicia para con el bien común.

Baltasar Gracián escribía: «no hay señorío mayor que la libertad del corazón». A esa libertad del corazón bien formado y conformado por el amor lúcido se refiere la instancia última de moralidad que es la conciencia. El respeto a la conciencia, clima de un diálogo en el que juntos buscamos la verdad, es el humus de unas relaciones humanas donde se viva como coherente, a pesar de la humana debilidad, la Buena Noticia de Jesús.

La *Gaudium et Spes,* en su número 16, al hablar de la dignidad de la conciencia moral, proclama: «en lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal; haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor a Dios y al prójimo».

Esta formación de la conciencia, tarea honda y exigente para toda persona, debe cuidar sus juicios sabiendo que el pecado es una categoría teologal y que el «tampoco yo te condeno» es una actitud humilde, realista y que hace justicia al único absoluto que es Dios.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

F. WILFRED / J. SOBRINO
J.I. GONZÁLEZ FAUS
I. RAMONET / L. BOFF

Tsunami.

Advertencia para los que viven

104 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 6,00 €

Al cabo de un año, la enorme tragedia del "tsunami" tiene aún mucho que decirnos. Tanto más, cuanto que es como una radiografía de demasiadas situaciones existentes en nuestro mundo. Para no olvidar publicamos este pequeño libro. Y para que, no olvidando, seamos más honrados con la realidad doliente. Más misericordiosos con las víctimas. Más proféticos frente a los opresores, que podemos ser nosotros mismos. Más responsables para buscar y poner en práctica soluciones, entre las cuales seguramente está convertir nuestros modos de vivir, que en buen parte hacen que tantas gentes y pueblos sigan estando crucificados.

ST 93 (2005) 999-1008

Una aportación desde el dolor y la esperanza

Cristina GUZMÁN PÉREZ*

La intimidad y su manifestación

Manifestar y hacer público lo que cada persona lleva en la intimidad de sus sentimientos nunca es tarea fácil, si lo que se manifiesta es auténticamente íntimo y su contenido escapa a lo que ya sabe ese grupo, nunca mayoritario, de personas que conocemos y que nos conocen a fondo. Por eso decimos de ellas que nos conocen íntimamente. La dificultad es mayor cuando dicha manifestación de la propia intimidad se confía a un medio de comunicación escrito; fundamentalmente, por dos razones principales que, a la vez, son dos temores: no saberse explicar y no ser comprendida en la finalidad que se busca con esa divulgación. Consciente tanto de la dificultad de manifestar la intimidad como de los peligros y temores a los que acabo de hacer referencia, creo, sin embargo, que, por solidaridad humana y caridad cristiana, en algunas ocasiones hay que arrostrar la dificultad y los temores y atreverse a manifestar aquello que llevamos dentro y que es parte de nuestra misma personalidad, por si puede ser de ayuda para quienes se encuentren en circunstancias parecidas.

Éste creo que es mi caso, y ésta es la razón del presente artículo. Lo que se me ha pedido es mi testimonio personal, como contribución a la presentación de algunas situaciones dolorosas que viven muchas personas que se confiesan cristianas y que, casadas por la Iglesia, fracasaron en su matrimonio y se plantean la posibilidad de rehacer sus vidas, sin por ello renunciar a su fe y a su vivencia cristiana. El testi-

* Profesora de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia Comillas. Abogada. Madrid. <cguzman@der.upcomillas.es>.

monio y la aportación que se me pide conlleva entrar en mi intimidad y manifestar, sencilla y sinceramente, lo que he vivido y vivo, con la finalidad de poder ser de ayuda a quienes han sufrido o sufren experiencias semejantes. Sé que no hay un caso idéntico a otro, porque las personas y sus circunstancias son irrepetibles. Pero, dentro de las lógicas y necesarias diferencias, hay rasgos comunes que son perfectamente compartibles. Y compartir es algo esencialmente cristiano. Yo diría que es un deber, aunque cueste llevarlo a efecto y la tendencia natural y la primera reacción sea negarse a esa manifestación de la propia intimidad, que pertenece al patrimonio espiritual de cada persona.

Estas necesarias y breves notas previas creo que justifican esta aportación y señalan la finalidad que me mueve a escribir, o reescribir, las páginas que siguen.

Motivo y ocasión

He dicho «reescribir», porque cuanto voy a manifestar tuvo su origen en unas Jornadas sobre la Familia organizadas por los Delegados jesuitas de pastoral familiar en España[1]. Confieso que fui la primera y más sorprendida por la afectuosa atención con que los participantes en aquellas Jornadas acogieron mis palabras y por los testimonios de agradecimiento que recibí por haberme atrevido a hacer en público aquella manifestación de mi experiencia personal. Hace un año la Redacción de la Revista *RED* me pidió reproducir aquella ponencia[2].

Al dedicar esta Revista este número monográfico a tan dolorosas y difíciles situaciones, se me ha vuelto a pedir mi testimonio personal. Es obvio que no puedo aportar sustancialmente algo diverso de aquella primera manifestación oral y de su versión escrita, una decena de años después. Al acceder a esta petición, he vuelto a sentir la inicial repugnancia a la manifestación de la propia vida e intimidad. Pero no he podido negarme, porque, de alguna manera, consideraría mi postura negativa como egoísta y cobarde. Estoy convencida de que para los creyentes cristianos no existen casualidades, sino providencias, aunque tantas veces no sepamos ni podamos explicar los difíciles caminos en

1. Se publicaron las Ponencias en una edición para los asistentes a las mismas. Las Jornadas tuvieron lugar en Alcalá de Henares, en mayo de 1998.
2. *Revista Red Ignaciana* 8 (Enero 2005), pp. 6-8.

los que siempre nos espera Dios. Por eso pienso que mi experiencia, como diré, me ayudó a madurar en mi conciencia de persona y en mi fe de creyente.

No creo sean necesarias más consideraciones y reflexiones para justificar mi modesta aportación personal en esta ocasión. La dificultad –no por repetida menos dura– de vencer la tendencia a encerrarnos en nuestra propia situación se verá altamente recompensada si estas líneas logran ser de alguna ayuda para otras personas. Ése es mi deseo y lo que pretendo con estas líneas.

Experiencia personal

Me casé pocos meses después de terminar mis estudios universitarios en la Universidad Pontificia Comillas (ICADE), a la edad de 22 años. Comenzaba entonces también mi vida profesional, como abogada primero y como profesora de Derecho Canónico en Comillas, tres años después. Debía compaginar, por tanto, la relación personal conyugal y el aprendizaje en la organización de un hogar con el desarrollo de una incipiente y dura profesión que requiere muchas horas de formación (cursos de doctorado, cursos rotales, *masters,* licenciatura en Derecho Canónico y estudio particularizado de los casos que me eran encomendados en el despacho de abogados).

Y a los dos años del matrimonio, a estas tareas se unía otra que requería casi toda mi atención: la maternidad de dos hijos.

Soy perfectamente consciente de que estos inconvenientes existen en la mayoría de los matrimonios actuales, ya que todos sabemos las dificultades que hoy en día existen para compaginar una vida de familia y una actividad profesional, con el nivel de exigencia requerido no sólo para encontrar trabajo, sino también para conservarlo.

A los seis años de matrimonio, por razones que no expongo por un elemental respeto a quien es el padre de mis hijos, mi matrimonio se rompe. Mis hijos contaban 2 años y medio y 4 años de edad. Yo tenía 28 años.

En la actualidad estoy divorciada, y mi matrimonio ha sido declarado nulo canónicamente por los Tribunales de la Iglesia Católica.

¿Cuál ha sido mi experiencia a lo largo de estos 19 años? Obviamente, voy a exponer mi visión personal como mujer, que puede diferir de la de otras mujeres que han pasado por esta situación y de la que supongo tiene mi ex-cónyuge.

Desde una vertiente personal, suscribiría las palabras empleadas por Rojas Marcos: «La ruptura del matrimonio es una de las experiencias psicológicas más profundas, traumáticas y agónicas que pueden sufrir los seres humanos. Aparte de las implicaciones sociales y religiosas, la decisión de separarse es un proceso extremadamente doloroso». En este sentido, comentando en una ocasión esta realidad con un psiquiatra que me conoce muy bien, afirmaba él que se sobrelleva psicológicamente mejor la muerte de un cónyuge, o hasta de un hijo, que una ruptura conyugal.

Hay que tener en cuenta que a mí no me quedó más remedio que aceptar una decisión tomada por mi esposo. No dudo de que una separación decidida por ambos esposos puede ser similarmente dolorosa y traumática, pero, desde luego, cuando no se ha participado de esa decisión, la frustración es mayor, y resulta casi inevitable la sensación de haber sido estafada.

Además, en esos momentos se aceptan todos los reproches, por defectos y fallos en la relación matrimonial, que la otra parte te echa en cara como justificante de la decisión de romper el matrimonio. En consecuencia, el nivel de autoestima, como mujer y como esposa que se creía capaz de dar amor y proporcionar felicidad, baja vertiginosamente. El nivel de desconfianza en los demás, y en particular en los hombres, aumenta y permanece bastantes años después de la separación.

Los aspectos que creo me resultaron más difíciles de asumir fueron los siguientes:

1) La incesante búsqueda de la causa de mi fracaso matrimonial: por qué había ocurrido; en qué había yo fallado; qué razones podían existir en la mente de mi marido, tan imposibles de superar, que habían desembocado en tan dolorosa decisión para mí y para mis hijos. Esto llega a resultar torturante. Hasta que, transcurridos algunos años, con mayor objetividad y serenidad, se es capaz de asumir los errores propios cometidos y se comienza a mirar hacía delante, sin culpabilizarse ya más por el pasado.

2) La aceptación de una concepción de la vida y la familia distinta de la que siempre te habías planteado vivir: ya no sería la clásica y conocida familia, compuesta por padre, madre e hijos, en la que se comparten las decisiones sobre el hogar y los hijos, se distribuyen las tareas domésticas y familiares, se relaciona con otras familias similares, y unidas, y con las que hasta ahora compartías los ratos de ocio y esparcimiento. A partir de la separación, se instala un

sentimiento de «cojera» en tu vida familiar y afectiva muy difícil de superar.

3) La búsqueda de nuevas relaciones personales, tanto de amistad como afectivas. Entre los amigos comunes, generalmente matrimonios con hijos, si bien al principio se muestran solícitos y preocupados por tu situación, con el tiempo aparece la incomodidad, bien sea porque se sienten en medio de los esposos y no saben hacía quién inclinarse sin que ninguno de ellos se sienta ofendido; bien sea porque el trato con ellos te evoca tiempos felices anteriores a la ruptura que deseas superar; bien sea porque necesitas compartir tus inquietudes y experiencias personales y familiares, en cuanto a la relación con tus hijos, con personas que hayan pasado o estén pasando por una situación semejante a la tuya. Además, te encuentras con momentos de soledad, producto del régimen de visitas de los hijos con el padre en el fin de semana, que deseas llenar con nuevas amistades. Las relaciones afectivas también se añoran, y se plantean incluso como un reto personal, después de los niveles tan ínfimos a los que ha llegado tu autoestima como mujer, al haber sido rechazada por tu esposo y padre de tus hijos, único hombre al que habías conocido, a quien habías querido y en quien habías confiado.

4) La nueva situación que se crea, tanto ante la sociedad como ante la Iglesia: ante la sociedad, eres siempre una «mujer separada», marcada de alguna manera por el fracaso matrimonial, con una problemática distinta de la de cualquier mujer soltera o casada. Esto dificulta mucho poder cumplir adecuadamente con tus obligaciones profesionales, porque debes atender cotidianamente en solitario a las necesidades y enfermedades de los hijos, y en un primer momento, tras la separación, tienes más dificultad de concentración y rendimiento. Asimismo, y en relación con los hombres que te rodean, no pocas veces se acercan a ti con la idea preconcebida de que eres «presa fácil» por tener unas necesidades afectivas no cubiertas.

   Ante la Iglesia, si eres creyente, tienes una gran frustración al obligarte prácticamente a permanecer en soledad afectiva el resto de tu vida. Y eso es muy duro de asumir con 28 años. Si en la búsqueda de complemento afectivo ya existen grandes obstáculos (la desconfianza, los hijos, etc.), siendo creyente todo se agudiza, porque sabes que, si quieres rehacer tu vida conyugal, lo más probable es que tengas que colocarte al margen de las leyes de la Iglesia, pues

presientes que el hombre que se acerque a ti y te proponga rehacer la vida, posiblemente haya fracasado en un matrimonio anterior y, aunque sea libre ante la ley del Estado, no lo es ante la ley de la Iglesia. Y si además, como es mi caso, eres profesora en una Universidad Pontificia, esto llega a resultar un obstáculo importante.

Aunque, en ocasiones, esta situación te provoca cierta rebeldía hacia la Iglesia y sus leyes, tengo la enorme suerte de seguir siendo creyente y católica. Y digo suerte porque la fe es un don, es –como lo define un jesuita muy cercano a mí– una misteriosa capacidad de aceptar dudas. A Dios lo siento cotidianamente a mi lado, infundiéndome paz y esperanza y ayudándome a sobrellevar las dificultades que debo abordar en mi vida, tanto desde el punto de vista personal como desde el profesional. Y a la Iglesia no la percibo como una rígida institución: he tenido el privilegio de estar rodeada de grandes personas que forman parte de la jerarquía eclesiástica, generosas, cercanas y comprensivas, que me han permitido constatar la calidad humana de sus miembros. Precisamente porque son personas humanas, como lo somos todos los demás, a veces pueden equivocarse, como también lo hacemos nosotros. Pero sus posibles errores no restan, para nada, el reconocimiento de su desinteresada entrega a los demás.

5) Afrontar en solitario una educación y formación de mis dos hijos, tanto desde el punto de vista personal como desde el punto de vista económico, ya que en el momento de la ruptura yo no tenía recursos suficientes para soportar la mitad de los gastos de mis hijos, que eran los que se me asignaban por convenio de separación. Esto supuso una dedicación exhaustiva y extenuante al trabajo, que supuso robarle mucho tiempo a la dedicación a mis hijos. También engendró en mí gran frustración como madre, ya que eran muy pequeños y necesitaban de mí. Pero, tras unos duros años de adolescencia, ahora disfruto de su más tranquila juventud, así como de mi más serena madurez. Parece que ellos van encauzando sus vidas y yo puedo disfrutar, de otra manera, con ellos y sus respectivos novio/a.

Analizando la vertiente profesional de mi separación, desde un punto de vista pasivo, esto es, como «sufridora» de un procedimiento de separación, otro de divorcio y otro de nulidad matrimonial, podría resumir mi experiencia en los siguientes puntos:

1) La separación no fue contenciosa, sino de mutuo acuerdo. No obstante, las reuniones y discusiones duraron bastantes meses. Tuvi-

mos la suerte de que encontramos magníficos mediadores, tanto por parte de la Compañía de Jesús, puesto que los dos somos profesores de la Universidad Comillas, como en el despacho de abogados que también compartíamos. El objeto de las discusiones, como desgraciadamente suele acontecer, fue la vivienda conyugal y la pensión alimenticia de los hijos.

2) El divorcio se obtuvo también de común acuerdo, transcurridos varios años desde la separación. No existieron discusiones de tipo económico, porque el tema ya había sido resuelto en la separación, y no manteníamos propiedades en común.

3) El procedimiento de declaración de nulidad canónica, si bien era aceptado e incluso querido por ex-mi marido, resultó tenso en cuanto a la determinación de los capítulos de nulidad que deberían invocarse. Al final se logró presentar un capítulo que no resultaba gravoso para ninguno de los dos y que, sin mentir ni falsear nada, fue admitido por el Tribunal y probado en el proceso. El tratamiento personal, tanto del abogado amigo que llevó la dirección del procedimiento, como de los miembros del Tribunal Eclesiástico, resultó acogedor y modélico. La sentencia definitiva se obtuvo transcurridos dos años de su iniciación. Personalmente, resultó duro recordar y remover de nuevo todo lo que había sido mi vida matrimonial.

Por último, creo que debo decir que esta experiencia personal me ha servido para sentirme más identificada con el dolor ajeno ante situaciones de crisis matrimoniales y familiares que puedo conocer por mi profesión de abogada y matrimonialista. Y, por supuesto, para intentar animar y ayudar, también como profesional del Derecho, a aquellas personas que, como creyentes, desean regularizar su situación ante la Iglesia.

Desde el dolor y la esperanza

Como creyente, y como profesora de Derecho Matrimonial Canónico, sigo muy atentamente las intervenciones del Papa, tanto de Juan Pablo II, como de Benedicto XVI, sobre la situación de los divorciados vueltos a casar. Caigo en la cuenta de que en este problema están implicadas cuestiones teológicas, jurídicas y pastorales que sobrepasan, en su

conjunto, mis posibilidades de reflexión y aportación[3]. Conozco la normativa canónica que estuvo vigente en el Código de Derecho Canónico de 1917 (can. 2.356), en el que a estas parejas se las declaraba automáticamente «infames», y si, despreciando la amonestación del Obispo, no se separaban, «debían ser excomulgados» o castigados con otras penas canónicas.

Hay que agradecer a Juan Pablo II el giro total que dio a esta cuestión en su Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* (22 de noviembre 1981), en la que asegura que la Iglesia *«no puede abandonar a estos hijos suyos»,* y que los sacerdotes *«deben discernir bien las situaciones»,* porque es muy diferente el caso de quien ha roto culpablemente el matrimonio del de quien «ha sido abandonado injustamente» o ha contraído matrimonio meramente civil, *«en vistas a la educación de sus hijos y, a veces, están subjetivamente seguros en conciencia de que el precedente matrimonio, irreparablemente destruido, no había sido nunca válido».* Y es emocionante su petición de que todos los creyentes *«ayuden a los divorciados, procurando, con solícita caridad, que no se consideren separados de la Iglesia, pudiendo y aun debiendo, en cuanto bautizados, participar de su vida».* Es una visión doctrinal y normativa totalmente diversa de la que le precedía, aunque, a continuación, el Papa reafirme la práctica de que no pueden ser admitidos a la comunión eucarística[4]. Sin duda, este cambio en la doctrina y normativa de la Iglesia sobre los divorciados vueltos a casar nos abre una cierta *esperanza,* aunque el problema del dolor que sufren quienes son creyentes y se encuentran en la situación descrita por el Papa no haya sido plenamente solucionado.

Aumenta esta esperanza al conocer las primeras manifestaciones de Benedicto XVI cuando, refiriéndose a estas dolorosas situaciones en la Iglesia, afirma que sobre la comunión a los divorciados *«no existen recetas hechas, porque las situaciones son siempre diversas»,* y que *«resulta particularmente dolorosa la situación de aquellos que en el nuevo matrimonio, inválido para la Iglesia, han encontrado la fe, pe-*

3. Por razones de cercanía y afecto, estoy muy de acuerdo con los planteamientos del Prof. J.M. DÍAZ MORENO, SJ, que desde hace muchos años viene preocupándose de este tema. Cito dos trabajos suyos: «Actitud cristiana ante los divorciados. Anotaciones personales»: Sal Terrae 87/7 (1999), pp. 543-553; «Fracasos matrimoniales», Pliego en *Vida Nueva* 2.242 (22-07-2000), pp.21-32.
4. *Familiaris consortio,* 84.

ro se sienten excluidos del sacramento». Y concluye que, *«dado el sufrimiento de estas personas, hay que seguir pensando»*[5].

En la misma línea del Papa se han pronunciado algunos Sinodales en la reciente XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. En el Mensaje final, los Obispos aseguran que conocen «la tristeza de quienes no pueden recibir la comunión sacramental por causa de una situación familiar no conforme con el mandamiento del Señor (cf. Mt 19,3-9). Algunas personas divorciadas y vueltas a casar aceptan con dolor no poder comulgar sacramentalmente y lo ofrecen a Dios. Otras no entienden esta restricción y viven una gran frustración interior. Aunque no estemos de acuerdo con su elección (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica,* 2.384), reafirmamos que *no son excluidos de la vida de la Iglesia.* Les pedimos que participen en la Misa dominical y escuchen frecuentemente la Palabra de Dios para que alimente su vida de fe, de caridad y de conversión. Deseamos decirles que estamos cercanos a ellos con la oración y la solicitud pastoral. Juntos pedimos al Señor obedecer fielmente a su voluntad»[6].

Insisto en el sentido de esperanza y acogida que tienen las palabras del Papa y del Sínodo de los Obispos; pero no se puede desconocer que hay una especie de contradicción, incluso en los términos, al asegurar, por un lado, que quienes se encuentran en esa situación no están excomulgados y, por otro, que no pueden ser admitidos a la comunión eucarística. Caigo en la cuenta de que la vida cristiana no consiste sólo, ni principalmente, en poder comulgar o no poder comulgar. Pero no se puede desconocer el vital significado de este sacramento en la vida de la Iglesia y de los creyentes. Pienso, de manera muy especial, en aquellos padres, divorciados y vueltos a casar, que son creyentes y que han transmitido la fe a sus hijos y que les acompañan a esa Misa dominical que el Sínodo recomienda vivamente. Pero me pregunto: *¿cómo y de qué forma le explican a sus hijos por qué les preparan y aconsejan comulgar, mientras que ellos no pueden hacerlo?* Es una dimensión dolorosa de este problema que no puede desconocerse y que tiene sus evidentes consecuencias en el problema de la transmisión de la fe en la familia y por la familia. Por esta razón, y por otras que podrían aducirse, hay que afirmar que *el problema no está plena y satisfactoriamente solucionado.*

---

5. Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Aosta, el 29 de julio 2005. Cf. www. chiesa, 30 luglio 2005, p. 4.
6. *Vida Nueva* 2.492 (29-10-2005), pp 27-28.

Por eso, creo que quienes han propuesto algunas soluciones merecen una atenta consideración. Recojo sólo dos. La *primera* refleja, además, la preocupación y el dolor que llevan consigo estas situaciones que él conoce bien por su larga experiencia como Juez, Decano de la Rota y Maestro de canonistas. Me refiero a Mons. Juan J. García Faílde. En un largo, profundo y sugerente estudio sobre *Las nulidades matrimoniales hoy,* nos ofrece esta reflexión: «Termino con una reflexión que me viene torturando con frecuencia: ¿no procedería que la Iglesia reconociera, en principio o como norma general, que es válido el matrimonio meramente civil que eventualmente celebren aquellos bautizados que por su falta de fe o no fueron admitidos al matrimonio canónico o rehusaron por motivaciones de conciencia el matrimonio canónico? Ya sé que a la respuesta afirmativa se opondrán inmediatamente no pocos reparos. [...] Pero estos reparos no deben ser un obstáculo para que la Iglesia hiciera ese reconocimiento, en principio y como norma general»[7]. En parecidos términos se pronuncia un Profesor de Teología, quien sugiere lo siguiente: «Una solución práctica podría ser la de que la misma disciplina eclesiástica respetara expresamente la legitimidad del matrimonio civil de los bautizados, al tiempo que mantuviera como condición de validez para el matrimonio-sacramento la forma establecida por la Iglesia. [...] El respeto a la legitimidad del matrimonio civil de los bautizados no implicaría el reconocimiento formal de dicho matrimonio por parte de la Iglesia. Significaría el respeto a una decisión tomada en conciencia y amparada por la ley, que deja la puerta abierta a la posibilidad de que un día esta unión legítima se convierta en un verdadero sacramento»[8].

Llevar a efecto esas sugerencias no significaría resolver el problema en toda su amplia dimensión, pero ya sería un paso adelante muy notable y positivo. Suscribo, por ello, estas dos autorizadas sugerencias. Ellas enmarcan también con exactitud mi testimonio y mi experiencia personal. Con ello desearía sinceramente haber respondido al deseo del Papa, cuando nos pide que sigamos pensando en el problema que plantean estas situaciones, aunque sea todavía *entre el dolor y la esperanza.*

7. J.J. García Faílde, *La nulidad matrimonial hoy,* Barcelona 1999², pp. 66-67.
8. G. Flórez, *Matrimonio y Familia,* BAC, Madrid 1995, pp. 185-186 y nota 54.

ST 93 (2005) 1009-1013

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Solidaridad ¿para qué?
San Juan del Castillo, la Virgen de los sin-papeles y el horizonte utópico

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Las reducciones jesuíticas del Paraguay han pasado a la historia como una de las mayores realizaciones de la utopía del Reino de Dios en lo concreto de la realidad. Lo que los jesuitas plasmaron en aquellas misiones fue una concreción encarnada de lo que hoy llamaríamos un programa de liberación integral. Religión, música, economía, participación social, arte, educación y otros muchos elementos se combinaron para generar una sociedad alternativa al sistema dominante, basada en el horizonte de sentido del Evangelio de Jesucristo. Como era de esperar, pronto llegó la persecución por parte de los poderes imperiales y el martirio.

Uno de aquellos jesuitas ejemplares es San Juan del Castillo (asesinado en 1628), que hoy da nombre a una fundación de apoyo a la población inmigrante en España.

La *Fundación San Juan del Castillo,* en coherencia con la visión y las realizaciones de su santo patrón, pretende hacer operativo el potencial utópico del evangelio, no sólo ofreciendo ayuda concreta a los inmigrantes, sino, además, enmarcando esa ayuda en un horizonte de sentido y plenitud que sólo el Evangelio puede colmar.

De los diversos proyectos y servicios de la *Fundación San Juan del Castillo,* en estas páginas vamos a centrarnos sólo en uno: el *programa de vivienda* comenzado en el año 2004. Su objetivo primordial es facilitar el acceso a una vivienda digna a las personas que llegan a

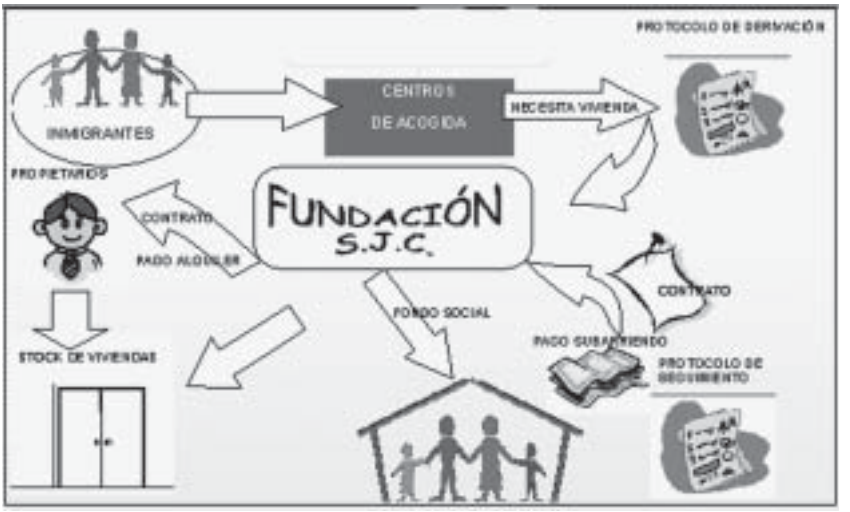
Madrid y que, por su condición de inmigrantes, se ven prácticamente imposibilitadas de acceder a un alojamiento adecuado. Más concretamente, este proyecto busca obtener pisos, sobre todo mediante su alquiler a propietarios para su posterior subarriendo y cesión de uso a familias inmigrantes. De momento, la Fundación ha logrado arrendar 30 pisos, atendiendo a unas 200 personas. Las estimaciones para el año 2006 apuntan a 50 pisos y 375 personas, además de alguna residencia con capacidad para unas 36 personas.

El análisis concreto de la realidad, la experiencia cotidiana y la voz de los propios inmigrantes en diversos centros y puntos de encuentro señalaron, desde hace tiempo, que la demanda creciente de vivienda debe ser considerada un eje central para la integración. El alojamiento digno y estable es el espacio físico fundamental de las relaciones de familia y un bien social necesario, como el cimiento sobre el que se desarrollan los procesos de socialización. La carencia de vivienda se convierte en una de las características que distinguen a las personas excluidas y uno de los más serios obstáculos para superar la exclusión. Evidentemente, la problemática se agudiza entre la población inmigrante, siendo un factor limitante para desarrollar su proyecto vital, personal y familiar.

Al acudir al testimonio bíblico, se observan algunos ejemplos estimulantes en las primeras comunidades cristianas. Por ejemplo, escuchamos en la *comunidad joánica:* «Debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos [de la vida, o de un piso, o...]. Si uno posee bienes de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3,17-18). O, como dice el apóstol Santiago a su *comunidad judeocristiana,* «supongamos que en vuestra reunión entra un personaje con sortijas de oro y traje flamante, y entra también otro pobretón con traje mugriento...» (Sant 2,2ss), ¿qué ocurre en ese caso?, ¿qué hacemos? Finalmente, escuchemos lo que dice Pablo a la *comunidad de Corinto:* «cuando tenéis una reunión, os resulta imposible comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho» (1 Co 11,20-21).

Leyendo estos textos en el contexto de la situación de nuestros hermanos inmigrantes, da la impresión de que cuanto dicen sobre el vestido o la comida puede aplicarse a la vivienda. El reto, entonces, consiste en atreverse a funcionar como una única comunidad (españoles, inmigrantes, con papeles, sin ellos...). ¿Nos atrevemos a sacar las con-

secuencias de ser y sabernos Cuerpo de Cristo? Esta pregunta, escuchada por la Compañía de Jesús y por la Red Apostólica Ignaciana, puso en marcha el programa de vivienda de la *Fundación San Juan del Castillo,* que funciona del modo expresado en este esquema:



Las tareas concretas de este proyecto de la *Fundación* son las siguientes:

* Colaborar con los proyectos e instituciones de acogida para inmigrantes de la Compañía de Jesús en Madrid, para detectar necesidades de vivienda entre la población inmigrante.
* Identificar viviendas para alquilar, asegurando a los propietarios una selección y seguimiento de los inquilinos.
* Aportar una estructura contractual que dé seguridad jurídica tanto al arrendador como al arrendatario.
* Proveer un fondo social que permita conceder subvenciones para ayuda de alquiler en casos especiales y por periodos determinados.
* Establecer un sistema de acompañamiento social, junto con la organización de acogida, que ayude a la integración plena de la población inmigrante.
* Establecer un sistema de seguimiento del cumplimiento de las obligaciones del arrendatario, hacia la propiedad y hacia los vecinos.
* Gestionar el mantenimiento de los pisos.

Ahora bien, el planteamiento de fondo de la *Fundación San Juan del Castillo* y de su programa de vivienda va más allá de ofrecer una respuesta eficaz a una necesidad social. Es también, y sobre todo, un instrumento para encarnar *la utopía del Reino.* La palabra «utopía» puede relacionarse con la raíz *ou-topos* (no-lugar), pero también con la etimología *eu-topos* (buen lugar). Este programa de vivienda quiere ofrecer y crear un «buen lugar» para que los inmigrantes puedan desarrollar su vida en plenitud. Más aún, el programa de vivienda apunta a crear un mundo común habitable, en el que todos y cada uno tengan su espacio. Y esto afecta a tanto a nacionales como a inmigrantes.

Este horizonte utópico en el que se sitúa el proyecto de vivienda plantea retos y preguntas incómodas, especialmente al interior de la comunidad cristiana, Cuerpo de Cristo que no conoce fronteras. Por ejemplo, una pregunta sobre el servicio doméstico interno: ¿acaso no se vive en régimen de semiesclavitud? Es evidente que nadie puede desarrollar un proyecto personal o familiar viviendo permanentemente en casa de otra familia. ¿Cómo concienciar a los patronos, mejorar los derechos laborales y ofrecer un «programa de respiro» para las mujeres que trabajan internas? Un segundo ejemplo se refiere al problema, realidad y escándalo de la vivienda vacía. Los datos oficiales hablan de casi 300.000 viviendas vacías en Madrid (más del 13% del total). En Navarra hay un impuesto especial para estas viviendas, y en Madrid asociaciones de vecinos y sindicatos han propuesto algo similar. Mientras tanto, ¿no puede la comunidad creyente adelantarse a eso? ¿No decimos que el amor cristiano sobrepasa la justicia legal? ¿Cómo vincular este principio general con el programa de vivienda descrito? Son preguntas quizá incómodas, pero a las que debemos responder en coherencia con nuestra fe cristiana.

En esta línea, todos los años, en el mes de noviembre, se puede contemplar en el barrio de la Ventilla de Madrid la ya tradicional *procesión de la Virgen del Quinche,* Patrona del Ecuador (cuya fiesta se celebra el 21 de noviembre), que desde hace ocho años congrega a miles de inmigrantes ecuatorianos residentes en España. Ha sido el tercer año que la procesión se realiza con una reproducción en madera tallada de la autentica Virgen del Quinche, enviada desde el Ecuador por la comunidad jesuita de Quito.

Le llaman la *Virgen de los sin papeles,* porque, al igual que muchos ecuatorianos, también la imagen llegó a España sin documentación o papeles en regla. Así se plasma muy claramente la indisoluble vinculación de los aspectos religioso y sociopolítico. La procesión recuerda

cada año que no se puede mutilar la dimensión pública de la fe, incluso en su vertiente reivindicativa, y que tampoco se puede mutilar la dimensión creyente del pueblo inmigrante que convive en nuestra sociedad secularizada.

Al término de la procesión, que culmina con la celebración de la eucaristía, los asistentes participan en una gran fiesta intercultural de música, danzas y folclore. Este elemento festivo y cultural es también una pieza esencial en el camino hacia una integración dinámica y creativa en una sociedad tan cambiante como la madrileña. Quizá no sea tan llamativa como las reducciones del Paraguay, pero son los pasos concretos que estamos llamados a dar en nuestra historia actual.

La procesión de la *Virgen de los sin papeles* ejemplifica bien lo que llamamos el «horizonte de sentido». No se trata de quedarse sólo en las necesidades materiales o en un enfoque puramente funcional. Los inmigrantes no son «mano de obra», son personas con sus anhelos y sus necesidades. No podemos caer en la trampa del capitalismo que explota, del consumismo que seduce, del paternalismo que sólo brinda servicios sociales, o del «progresismo» que asimila a la sociedad del progreso. La visión cristiana afirma la fe del pueblo, fomenta sus tradiciones culturales y religiosas, y ofrece así una alternativa a la erosión ambiental.

Como la historia de las reducciones del Paraguay y la reciente procesión de la Virgen del Quinche nos recuerdan, el horizonte utópico del Reino nos empuja a ir mucho más allá de un mero programa de servicios sociales. Nos invita a crear un espacio social donde se pueda encarnar la alternativa del evangelio. Nos invita a fortalecer la experiencia creyente que da pleno sentido a nuestra vida, seamos españoles o inmigrantes. Nos invita a practicar la imaginación creativa de la caridad con toda su radicalidad, de manera que, fortaleciendo la justicia social, vaya más allá de la misma.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JEAN MONBOURQUETTE
DENISE LUSSIER-RUSSELL

El precioso tiempo del final.
Aprender a morir

224 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 14,00 €

Un libro destinado a aquellas personas mayores o enfermas que desean prepararse para vivir bien los últimos momentos de su vida. Para ellas ha sido escrito, con la intención de favorecer su autonomía y su progreso personal. El proceso que propone tiene en cuenta las principales necesidades de la persona que se encuentra al final de su vida. Siguiéndolo, podrá proseguir su crecimiento humano y espiritual, madurar sus convicciones religiosas, concluir los proyectos comenzados, reconciliarse, despedirse y vivir bien el final de su vida y su propia muerte.

ST 93 (2005) 1015-1024

LOS NOMBRES DE DIOS

10. Dios Presencia

José García de Castro Valdés, sj*

1. El Hombre y el Misterio

Desde que el hombre empieza a desarrollar modos de vida más o menos organizados, comienza a desplegar su propia convivencia con una Presencia Mayor, poderosa y atenta, sentida, intuida y latente, a quien se van atribuyendo las causas y los efectos de aquello que le sucede en su vida cotidiana, pero cuya respuesta no alcanza a comprender desde su razonar más ordinario, personal o social: «es obra de los dioses», podríamos haber formulado hace muchos años, o «es obra de Dios», diríamos hoy. Poco a poco, nos fuimos entendiendo como vinculados o religados a una voluntad o un destino que no era sólo ni principalmente nuestro; es más, aquello que más nos concernía en tanto que seres vivos no encontraba respuesta en nuestro vivir de ayer, de hoy, de mañana. Estar en el mundo va implicando una familiaridad con una Realidad, con otro modo de ser Mayor que yo y que mis iguales, en quien desplazar las preguntas sobre todo eso que se da en mí o en mi mundo, que yo siento por mis sentidos o alcanzo a pensar por mi razón, pero a lo que no puedo dar un sentido último o una respuesta definitiva. No es que el hombre alcance respuestas desplazando, sin más, la pregunta hacia ese respetado Interlocutor, pero al menos sus últimas preocupaciones sobre la vida, la muerte, el tiempo o el amor se encauzan hacia una salida con sentido. Así, trascenderse religada o

* Profesor de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <josegc@teo.upcomillas.es>

religiosamente ha ido siendo un elemento configurador y dignificador de su modo de vida.

2. La construcción de una relación

Esta Presencia Mayor, al tiempo que su carácter misterioso e inabarcable, iba siendo posible comprenderla también como próxima, pues se fue convirtiendo en Aquel en quien descansaba la intimidad de sus preocupaciones más hondas o preguntas más últimas. Los seres humanos fuimos entonces desarrollando modos de relación, liturgias, que nos pudiesen garantizar que haciendo esto o aquello, diciendo esto o lo otro, este Ser nos escuchaba atenta y verdaderamente: música, silencio, adoración, danza, plegaria, gesto, símbolo...: modos que, realizados en contextos apropiados (lugares) y en momentos significativos (tiempos), adquirían valor relevante: el Templo, la Iglesia, la Pagoda, la Mezquita, el Sábado, el Ramadán, la Cuaresma o el Domingo son ejemplos cercanos a nosotros. Simultáneamente, además de estas estructuras religiosas –digamos: externas y sociales–, el hombre ha ido formulando creativamente, de mil y una maneras, su cartografía interna, su itinerario espiritual. En nuestra tradición abundan las propuestas ascético-místicas formuladas como subidas, ascensos, escalas, escalones y peldaños, vías, sendas, montes, atajos, castillos y moradas, abecedarios, ejercitatorios y ejercicios, tratados, semanas, etapas, estadios... y todo un sinfín de imágenes dinámicas que apuntan de forma metafórica a lo más alto o lo más íntimo del alma. De todo esto, lo que ahora más nos interesa es caer en la cuenta de que el hombre ha ido desarrollando modos, métodos, lugares y espacios, tiempos y lenguajes que no sólo facilitaban o favorecían, sino que, de hecho, propiciaban y construían la *relación,* experiencia religiosa. Encontrarse con el Misterio era posible y probable. Así, finalizado ese «tiempo religioso», en ese lugar, con esos ritos, símbolos, gestos, palabras, etc., el hombre sigue su vida con la convicción e incuestionable certeza de que ahí ha pasado algo, de que ese Ser y yo nos hemos encontrado.

3. ¿Sólo misterio?

Aunque Ser-para-la-relación, el hombre no duda de que ese Ser no pierde su cualidad de Trascendencia Absoluta por el hecho de entrar en

relación con el ser humano –conmigo–; pero, al mismo tiempo, el lenguaje que yo he desarrollado con Él me lo ha aproximado; lo que yo he hecho o dicho en mi «liturgia» social o personal, Él lo ha comprendido; por lo tanto, habla mi mismo idioma, y yo he podido *acceder* a Él. Sin dejar de ser Absoluta Trascendencia, humilde y convencidamente he de afirmar que es también «Mi Trascendencia». Su condición de «misterio» sigue ahí, pero apunta «fisuras de comprensión», destellos de humanidad. Que este Ser vaya siendo desvelado en la multiplicidad de periódicos y devotos accesos a él, no implica sólo un proceso de conocimiento progresivo y cualificado de un «objeto» enorme y terrible, externo a mí mismo; no se trata de un conocimiento similar al que se realiza al estudiar los sobrecogedores fenómenos naturales o la inmensidad reverente del firmamento. No. Aproximarse a este «objeto» concierne progresivamente al misterio del ser humano; la pregunta más o menos teórica «¿cómo es Él?» se desplaza hacia la pregunta concerniente sobre «¿cómo soy yo?», y así nuevos rasgos de la identidad del hombre emergen a su posible definición: acercarse a Dios es una manera de autoconocerse. El ser humano aparece ante sí mismo, primeramente, como un alguien abierto de manera irremediable a una relación religada, como un alguien capacitado para acceder al Misterio Último («¿de dónde a mí...?»). La pregunta por mí remite a la pregunta por Él; pero preguntarse religiosamente por Él sólo puede desplegarse desde mí; de no darse *así,* desde descubrirse, comprenderse y sentirse concernido por Él, todo intento de aproximación no pasará de una especulación *mía* teórica, vacía de alteridad y, por tanto, nunca religiosa, por muy teológico que sea el lenguaje que construya mi coherente discurso; hablaré sobre Dios como puedo hacerlo, también con sorpresa y maravilla, sobre la inmensidad del Cosmos o la profundidad del mar; el discurso religioso ha de concernirme. Ir dibujando el Misterio de Dios es ir definiendo el Misterio del Hombre; ir definiendo al hombre religioso es ir entrando en la Humanidad Misteriosa de Dios.

4. La pasividad

Haber sido capacitado para entrar en relación con el Misterio es la seña de identidad más verdadera y última que tiene el ser humano. Este dato de ser le viene dado; puede manejarlo más o menos para vivir de esta u otra manera, pero la llegada al mundo de todo ser humano viene referida irremediablemente a esta posibilidad, viene con una primor-

dial «vocación de misterio» que no admite ser discernida. El ser humano es un ser respectivo. No podemos abrir una conversación preguntando al interlocutor «¿respecto de qué?» si antes no ha habido un Tema Primero sobre el cual formular esta pregunta. Dios es el Tema Primero del Hombre. La primera pregunta del ser humano para comprenderse no es tanto «¿quién soy?» sino «¿para quién soy?», «¿respecto de Quién está construida mi existencia?». Ir dando respuesta con el paso de los días a esta segunda pregunta, irá desvelando el contenido de la primera. Si este ser así le es dado y le está siendo dado cada vez que la relación se actualiza por las mil y una maneras posibles en diversidad de contextos, la pregunta por cómo es Él adquiere connotaciones autoimplicativas. Lo que me sucede está implicando al Ser del Otro.

5. La referencia

Dios, en un mismo tiempo y en cualidad de su ser, es la referencia hacia la cual todo queda orientado. Pero esta multirreferencia de Dios no me condiciona ni me impide poder afirmar que Dios es un ser en total referencia hacia mí, con quien puedo entrar en relación en cualquier momento de mi historia y en cualquier circunstancia de mi vida. Esta condición de total referencia al ser humano viene siendo testimoniada «desde esta ladera» por tantos creyentes que afirmaron (con sorprendente convicción y certeza) vivir en presencia del Misterio, en las manos de Dios; en una de las últimas líneas de la *Autobiografía* de San Ignacio de Loyola leemos: «cada vez que quería encontrar a Dios lo encontraba» [*Aut.* 99]. Se manifiesta así un libre y espontáneo acceso al Misterio. Esto sólo es posible afirmarlo, no tanto por la virtud del sujeto que vive según Dios, sino, mucho antes, por un modo de ser de Dios que posibilita al hombre ir accediendo infinitamente a su inagotable intimidad. En este sentido, Dios y yo mantenemos una relación metafórica, al encontrarnos en similitud de predicados; en el fondo, nuestras vidas tienen argumentos muy parecidos. Mi carácter referencial o de ser respectivo es lo que encuentro en Dios en la infinitud de mis conversiones: Él está siempre ahí, no casual o coyunturalmente, sino como su modo habitual de ser, siempre referido a mí. Dios vive en permanente referencia para el ser humano; preguntarse Dios sobre sí mismo es acceder al Misterio del Hombre. Dios para el hombre sólo puede ser Accesible; o, con otras palabras, el hombre no puede pensar en Dios, con pretensión de comprender, al margen de su condición de

accesibilidad. Toda teología es ir hacia Dios; pensarle es un modo de implicarme, de acceder a Él. Ser «imagen» o metáfora de Dios remite a una semejanza de vocaciones, de destinos. Mucho en Dios tiene vocación de Hombre; al mirar al Hombre, Dios se reconoce. Al mirarse el Hombre, reconoce a Dios. Al mirar a Dios, todo se reconoce dinámicamente nuevo. He sido creado al modo como Dios entiende que es la plenitud de la transmisión de la Vida; con mi creación, Dios ha creado la posibilidad del encuentro. El medio en el que vivo es creación suya para mí, para nosotros. Dios no puede crear al ser humano con «vocación de Dios» y, al mismo tiempo, situarle en un contexto que le impida o dificulte el despliegue y la consecución de tal destino último. Dios es un Dios de facilidades y, en su deseo de encontrarse con el hombre, le prepara el camino, le hace rectas sus sendas. Todo en el entorno del hombre es medio para su destino.

6. El proceso

A lo largo de sus días, el ser humano va reinterpretando a su Dios. Dios no es para el hombre una «definición» cerrada, aunque valide las afirmaciones dogmáticas sobre Dios como vía de acceso ya validada por la comunidad; el hombre en el tiempo no parte de cero con relación a su Dios; cada generación anterior le ha acercado el Misterio, ya se lo ha ofrecido más accesiblemente. Dios *va siendo* Vida en la vida del hombre, vida por conocer y por interpretar. Cada nueva interpretación es el modo de acceder a Dios más pleno para mí aquí y ahora. El modo que tiene Dios de dárseme puede ser a través de mi interpretación, incluso cuando ésta pueda consistir en un «no saber» sobre Él ahora. Pero este lúcido «no saber» (sé que no sé) es también una forma íntima de darse Dios. Interpretarme yo en relación al Misterio es favorecer el descenso y la nueva vida de Dios en mí. Que yo pueda ir formulando que Dios en mi vida está aquí o allá, de esta o de otra manera, es ya experiencia religiosa; el modo de acceso a Dios tiene mucho de reconocer los modos de acceso de Dios a mí. Sentir y conocer «mi» experiencia de Dios es reconocer la experiencia «de» Dios en mí: yo soy objeto y lugar de experiencia para Dios; más radicalmente, podríamos decir que todo ser humano es una posibilidad para que Dios se experimente, o sea, para que podamos ser habitados por el amor en plenitud. Es responsabilidad del sujeto «alterado» preguntarse con frecuencia: «¿cómo está Dios haciendo experiencia en mí?». La relación

fundamental con Dios no se construye en primer lugar desde lo que yo «pongo» para la experiencia (ahora sí, ahora no, en función de mis posibilidades personales), sino desde el trabajo de Dios, poniéndose internamente en mí, habitándome dinámicamente, esto es, trabajando eternamente en mí, construyéndome en Cristo por el Espíritu. Es frecuente ingenuidad pensar que la «experiencia *de Dios*» depende *de mí,* y que consiste, sobre todo, en lo que yo «pongo» para que se facilite o se dé (mi oración, mi liturgia, mis buenas obras o mis retiros), y que desaparece cuando yo estoy más distraído o disperso. Dios es atención absoluta hacia el hombre. Asimilada esta ingenuidad, late subyacente un orgullo cegador de la criatura que cree que su relación progresiva con el Creador depende de ella, tendiendo a desplazar o ignorar el trabajo de Dios. Es experiencia *de Dios* ineludible «abrir los ojos» a esta actividad incesante Suya y maravillarse por la capacidad transformadora de su Presencia, al margen incluso de mi propia atención o diligencia. La resituación del yo en su perspectivismo hacia el Misterio es la crisis iniciática, dolorosa pero eficaz. A partir de ella, todo es distinto. Al principio, la cuestión es ver, y esta nueva visión de mí mismo me hace en verdad pobre. La búsqueda del cristiano no es tanto búsqueda de Dios, cuanto búsqueda de la interpretación de su Presencia. Ir caminando en la comprensión de lo que Dios hace en mí implica ir variando mi formulación sobre Él: lo que pensaba e interpretaba como niño deja de servirme como adulto; pero en mi infancia Dios ya se me estaba dando tanto como era posible para Él, y tal vez yo, ayudado por diversas instancias, intentaba interpretar la cualidad de su Presencia. Una es la Presencia, otra la interpretación. Manteniéndose inmutable la Presencia, puede ir variando en mil matices su interpretación. Este ponerse de Dios en el hombre es incondicional y previo, como su amor; no depende de la competencia del sujeto. Podemos aproximarnos a la interpretación del trabajo de Dios en nosotros haciendo memoria de los títulos divinos más frecuentes en nuestra historia personal de Salvación: Israel desarrolló unos títulos; las primeras comunidades, otros; detrás de cada uno de ellos había una experiencia de Dios: salvación, creación, redención, poder, refugio, filiación, paternidad... El modo en que hemos ido llamando a Dios nos ayuda a comprender su experiencia en nosotros. Dios quiere acceder al hombre e ir desarrollando-Se en él. El crecimiento del cristiano *sólo* es el Nacimiento y desarrollo de Cristo en el corazón del hombre: en eso consiste el trabajo de Dios. Ahí, la dignidad del ser humano alcanza cumbres insospechadas.

7. El trabajo

Jesús es la máxima facilidad de Dios en su intento de hacerse accesible al Hombre. La Encarnación es la vocación de Dios, hacerse hombre. El Amor de Dios, por ser de Dios y por ser Amor, tiene que salir, es su dinámica propia. Así es también el Amor de los hombres; no puede permanecer dentro y oculto, pues nunca sería plenamente amor. El trabajo de Dios por mí se llama Jesús. Por Jesús, Dios deviene igual, menos en la imposibilidad de negarse a sí mismo haciendo pecado. En Jesús se revela el parecido infinito entre Dios y el hombre en el contexto propio del hombre, el tiempo y el espacio, la historia. Podemos hablar de Dios como «totalmente Otro» como precaución para no reducirlo a «otro»; pero en Jesús Dios deviene «totalmente Éste». Jesús desenmascara procesos raros sobre Dios, porque Él es Dios, y en Jesús todo se hace *transparente.* Jesús, sin quererlo y espontáneamente, denuncia la falsa experiencia: no es verdad si no se parece a Él, si no despliega en nosotros su Rostro y su Vida; no es verdad si el yo todavía no se ha resituado en cómo entender la expresión «experiencia *de* Dios». Jesús no vino a nosotros para hacer que le busquemos fuera de nosotros o de nuestro mundo; no quiere que salgamos de nuestra historia o de nuestro tiempo, porque para eso entró Él hasta el colmo de lo posible en la Historia y en el Tiempo. Jesús no estuvo tanto tiempo en Nazaret para querer ahora encontrarse con nosotros en situaciones extáticas fuera del tiempo o con signos o señales originales, extraordinarias o portentosas. Jesús tampoco vino para decirnos que nuestro mundo, creado por el Padre en Él, es impedimento para encontrarlo; él santificó y bendijo todo con su presencia. Tampoco vino para culpabilizarnos por la indignidad de nuestra materia, pues, asumiéndola Él, quedó divinizada. Dios fue cuerpo. Con Jesús la historia ha desvelado su sacralidad, y el mundo su condición de sacramento, de signo de presencia densa y diáfana de Dios. Jesús nos ayuda a creer que podemos encontrar a Dios, encontrarnos con Dios en nuestros días: «estoy aquí». Rezar no es salir ni dejar el mundo, sino densificarlo y reinterpretarlo con y en Cristo. Nuestro trabajo al estar con Jesús consiste en ser transformados para mirar más y amar más el Mundo, es Su Mundo. Dios en la Cruz nos dejó el Cuerpo, y así todo se desveló. Todo Dios está ahí. Él subió a la Cruz para culminar su entrega «voluntariamente aceptada»; nosotros le bajamos de la Cruz para continuar encontrándonos con Él. Y después descendió a los infiernos, y así nada, absolutamente nada del Mundo, ha sido ignorado por Jesús. Jesús

quiso entrañar el Mundo; no sólo saludarlo, sino verificarlo. Nada podía quedar fuera del deseo de Jesús: «atraeré a todos hacia mí». Lo más «in-mundo» fue mundanizado por Jesús, esto es, resituado en su condición de criatura. Hasta lo más profundamente inhumano quedó afectado y redimido por la *presencia* de Jesús. Todo el Mundo está a merced del hombre, entregado en Cristo, en absoluta disposición. Con Jesús, Dios abandona la cumbre del Monte, la oscuridad de la Nube o la solemnidad del santuario recóndito del Templo como lugares privilegiados de encuentro, para hacerse disponible a todo ser humano. En Jesús, Dios se ha vuelto estructural e insospechadamente accesible.

8. Dios accediendo

Poco conocidas, como escondidas en el texto, pero llenas de posibilidades por explorar, son esas breves expresiones de San Ignacio de Loyola del primer y segundo puntos de la llamada «Contemplación para alcanzar amor» [EE 234]: «...ponderando con mucho afecto cuánto *ha hecho Dios nuestro Señor por mí* y cuánto me ha dado de lo que tiene, y consequenter el *mismo Señor desea dárseme en cuanto puede,* según su ordenación divina»; y un poco más adelante: «*haciendo templo de mí*» [235]. Dios ha hecho «cosas» por mí, ha hecho el Mundo, la familia, todo tipo de bienes (de redención, de creación, dones particulares [234]...), pero el don mayor que Dios *está haciendo* en mí es Él mismo; Dios viene haciéndose en mí. Ignacio dice que Dios mismo se me *ha dado.* La presencia de esta forma verbal, presente perfecto, puede dejar entrever una errónea interpretación que aluda a una acción (temporal) «acabada» de Dios. La intención de la formulación es constatar dos acciones de Dios. En primer lugar, que, de hecho, así ha sido: Dios *ya* se ha dado; y ese dato histórico es irrenunciable y verificable en mí y en mi entorno, mi memoria así me lo prueba y ratifica. Junto con esto, el Misterio del Hombre queda abierto a la inmensidad de la Presencia, pues el carácter respectivo de Dios le lleva imparable e impelentemente a «desear dar-se-me» [235]. Con más frecuencia de la deseada y menos sentido teológico-místico del esperado, al final «mis ejercicios» (que tienen más de ejercicio de Dios en mí) están tentados de volver al protagonismo de un yo generoso, pero todavía indiscreto, que puede tender a acaparar la atención del éxito de la que cree *su* experiencia. Lo que el proceso ignaciano de Ejercicios propone como meta del itinerario espiritual recorrido (para treinta días o treinta años)

es la *Presencia* Transparente de Dios en el Mundo. Todo, al final de un proceso de conocimiento interno de Dios en Cristo, nos habla de Dios, dentro y fuera de nosotros mismos. Creo que esta distinción que acabo de hacer «fuera – dentro» es poco acertada, porque no dice verdad suficiente sobre lo que se refiere, pero, con todo, es necesaria para nuestro discurso. Haber sido accedido por Dios y poder, por tanto, interpretar la experiencia religiosa como el trabajo de Dios en mí, conduce hacia la transparencia de Dios en sus criaturas. El Mundo deviene divino. En Jesús, Dios quedó vinculado para el Mundo, y el Mundo pasó a ser más parte de la Divinidad porque el mismo Dios ha sido parte del mundo, «uno de tantos». En la Trinidad se habla del Mundo, se siente el Mundo... se llora el Mundo. Amar el Mundo es amar la Divinidad que lo forma y a Dios que lo pro-nuncia incesantemente. Todo el Mundo es vocación de Dios, llamado por Dios y llamando a Dios. Tomando la terminología ignaciana, Jesús revela una elección de primer tiempo, «sin dudar ni poder dubitar», de Dios por el Mundo. El Mundo, como yo, es respectivo. Tomando la imagen ignaciana, el Mundo no es el sol, pero sí son sus rayos; no es la fuente, pero sí sus aguas [237]... no es Dios, pero sí es su Divinidad.

9. La Presencia

Dios ha trabajado mi historia, lo sé por mi memoria («traer a la memoria...» [234]); Dios es habitando en las criaturas, «en gerundio», en construcción permanente «d*ando* ser, veget*ando,* sens*ando,* d*ando* entender, haci*endo* templo...» [235]; «Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas...» [236]. Es el mismo Dios, es el mismo trabajo, es el mismo fin. La experiencia de ajuste religioso del sujeto que se vive como criatura le hace percibir y sentir el Mundo en su unidad de Fundamento y en su exclusiva vocación de Destino. En este momento del proceso, el ejercicio continuo e insistente de «reflectir» [234.235.236.237] tiene una significación nueva. No se «reflicte» ahora (ignoro si el verbo está bien conjugado, pero tampoco nos preocupa) desde el texto de un pasaje de la Escritura de los Misterios de la Vida de Cristo, como tantas veces se ha propuesto a lo largo de la Segunda y la Tercera Semanas de los *Ejercicios.* Se «reflicte» ahora desde el Mundo, nuevo texto donde Cristo está ya viviendo y habitando. Los procesos de la Creación y lo que pasa en el Mundo son ahora los nuevos Misterios *Vitae Christi* que hay que contemplar. El sujeto

donde se da la experiencia es invitado a observar *en sí mismo* el modo ordinario de ser de Dios en la Creación; los procesos y dinámicas vivificadores de Dios se dan en él mismo. El Mundo es *speculum Dei.* El «provecho» que el ejercitante pueda sacar como fruto de su reflectir está en dejarse incorporar a la dinámica trinitaria presente en la historia: ¡aprender de los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados [236]! Ignacio incorpora así a su propuesta mistagógica un elemento antropológico cultural muy significativo en su momento, el Humanismo del siglo XVI: el hombre como microcosmos, como ser en el cual se dan y reproducen todas las actividades que están sucediendo en el Cosmos. Los procesos nacen en Dios, se desarrollan en Dios y tienden hacia Dios, tanto los que ocurren en el exterior del sujeto como los que acontecen en su interior; son los mismos procesos. Los puntos para su contemplación no los da «el que da los ejercicios», sino que consisten ahora en *mirar* al Mundo para descubrir *en él* la Presencia del Creador. La mirada es ya parte del Mundo; se mira desde la semejanza interna favorecida por tanto «conocimiento interno» recibido. Algo de esta experiencia mística fundamenta esa máxima ignaciana, entre misteriosa y no siempre bien interpretada, de «contemplativos en la acción»; en la acción «mía», sí, pero sobre todo en la «acción de Dios»: el Mundo y yo, en Cristo, somos Vida de una única Presencia.

ST 93 (2005) 1025-1035

LOS LIBROS

Recensiones

DE LLANOS, SJ, José María, *Confidencias y confesiones,* Prólogo de Mons. Alberto Iniesta, Edición, presentación y notas de Gabino Uríbarri, SJ, Sal Terrae, Santander 2005, 208 pp.

VERDOY, SJ, Alfredo, *50 años de presencia de la Compañía de Jesús en El Pozo del Tío Raimundo,* Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, Madrid 2005, 104 pp. (Pedidos a: Oficina de Prensa SJ, Avenida de la Moncloa, 6 – 28003 Madrid).

Dos aniversarios, dos libros. Durante este curso se conmemoran los cincuenta años de la llegada de los jesuitas al madrileño barrio del Pozo del Tío Raimundo (septiembre de 2005) y el centenario del nacimiento del más famoso de esos religiosos, el Padre Llanos (abril de 2006). Así como la publicación de estas dos obras es un modo de rendir homenaje a estos testigos, me parece que su lectura combinada puede redundar en abundantes frutos espirituales y apostólicos.

Las *Confidencias* del Padre Llanos son una especie de autobiografía espiritual, escrita en 1982 desde la atalaya de su ancianidad, cuando se sentía ya «tan perplejo y tan cansado» (p. 146). Es un escrito marcado por una fuerte autocrítica de tonos depresivos, que transmite una quizá excesiva e injusta sensación de fracaso. Como dice monseñor Iniesta en su entrañable y clarificador prólogo, esta obra desmitifica el «mito Llanos», a la vez que nos muestra su grandeza. Y su grandeza está precisamente en su infatigable amor a Jesucristo: «innovar, siempre innovar como Tú» (p. 160), podría ser el lema de su vida. Sólo desde ahí se entienden sus miles de artículos, decenas de libros, múltiples fundaciones e iniciativas apostólicas. Las *Confesiones* (anotaciones privadas de Llanos, que han sido certeramente seleccionadas y editadas por Gabino Uríbarri) contribuyen a adentrarse en la intimidad espiritual

de este gran hombre, gran cristiano, gran sacerdote jesuita.

Los nueve capítulos de las *Confidencias* no siguen un orden estrictamente cronológico, sino que más bien ofrecen aproximaciones complementarias a la figura poliédrica del Padre Llanos, desde el «burguesito huérfano y enamoradizo» del primer capítulo hasta el «cura rojo» del último. Cada capítulo es, pues, «temático», pero al mismo tiempo hay una progresión cronológica en el relato. Llanos escribía bien, y el libro se lee con soltura. No en vano, uno de los rasgos de su personalidad es su entraña de escritor, que él describe entre intelectual, publicista y poeta (capítulos 2 y 3); esta faceta ayuda a explicar como gestos poéticos bastantes de sus vaivenes y algunas de sus «poses». Ahora bien, atravesando su temperamento y sus peculiaridades personales (el enfermizo del capítulo 4, el amigo del capítulo 6), un hilo conductor guía todo este tapiz multicolor: Llanos fue esencialmente un hombre tocado por la gracia de Dios (capítulo 5), llamado a la justicia y al pueblo (capítulos 7 y 8). Las *Confesiones en clave eucarística* lo confirman desde una perspectiva más familiar y cotidiana. Debemos felicitar a Gabino Uríbarri por esta edición, que se puede considerar como un nuevo regalo en el «año de la eucaristía». Y es que la entraña eucarística de Llanos se hace evidente en estas páginas, con un enfoque que recuerda al Teilhard de *La misa sobre el mundo,* aunque con subrayados menos filosóficos, más históricos, sociales y relacionales.

En definitiva, este libro nos permite acompañar la vida del Padre Llanos y así visitar buena parte de la historia eclesial y social de la España del siglo XX. De la mano de Llanos recorremos el activismo universitario de los seglares católicos en los años veinte; la situación eclesial en tiempos de la República y la guerra civil; el pluralismo interno del nacional-catolicismo, ya en la década de los cuarenta; la incipiente apertura del régimen en los años cincuenta; la irrupción de la novedad con el Concilio y la agitada transición política, cultural, eclesial y social de los setenta... Por sus páginas van desfilando la Acción Católica, los propagandistas, la Falange, los «agapitos», el Secretariado de Ejercicios Espirituales, los Grupos de Agitación Hispánica, el Frente de Juventudes, la Congregación Mariana de los *Luises,* la residencia *Cor Iesu,* la Milicia Española de Cristo, el Servicio Universitario del Trabajo.... y finalmente el Pozo del Tío Raimundo, con sus cooperativas, el dispensario médico, el Común de trabajadores, Comisiones Obreras y el Partido Comunista, la escuela profesional Primero de Mayo. Y en todo ello, Llanos y su «fidelidad a Cristo tan radical que nada ha podido nunca ni rozar» (p. 66).

Evidentemente, no podemos reducir a Llanos a su etapa del Pozo, y menos aún a determinados aspectos de ésta. Pero tampoco la presencia de la Compañía de Jesús en el Pozo puede limitarse a la visión que transmite Llanos. Por eso nos congratulamos del librito de Alfredo Verdoy, un sencillo pero documentado estudio histórico que presenta con claridad los sucesos que Llanos narra de manera más personal. Además de situar este escrito en un marco más amplio, Verdoy muestra que esta iniciativa apostólica no fue sólo de Llanos, sino de la Compañía de Jesús como tal y de la comunidad jesuita que a lo largo de todos estos años ha vivido en el Pozo.

Junto a ello, Verdoy ofrece algunas afirmaciones interpretativas, bien documentadas y, en mi opinión, de gran calado. Primero, subraya el papel del misterio de la encarnación en los orígenes, deseos y diseño del proyecto inicial. Desde ahí se entienden algunas de las concreciones posteriores, llamativas y polémicas a ojos de algunos. Dice el propio Llanos: «Quería "habitar con mi barrio", y el Pozo era comunista; entonces había que tomar "Carne" como el Verbo, es decir, "carné"» (*Confidencias,* p. 137). En segundo lugar, Verdoy destaca cómo la imperiosa tarea de «desmiserabilización» del barrio empujó a los jesuitas a lanzarse a una ingente actividad apostólico-social que se alejaba de la intuición inicial, más cercana al espíritu de Carlos de Foucauld (pp. 45-77). Tercero, indica que «la travesía del desierto de la secularización» supuso, paradójicamente, la posibilidad de poner en práctica los ideales primigenios: «estar entre los pobres y los desheredados y ser testimonio amoroso de la presencia de Dios entre ellos» (p. 91). Es una lástima que tanto esta fase final como la anterior de las tensiones socio-políticas no se hayan podido analizar con el detalle que requieren. Como el propio autor reconoce, estamos ante un estudio realizado con cierta premura; por ello, no debería considerarse como el final, sino como el inicio de un fecundo y necesario camino de investigación.

En resumen, está claro que el padre Llanos fue más que el Pozo, y que el Pozo es más que Llanos. La invitación para nosotros es seguir encarnando, en situaciones siempre cambiantes, la misma pasión y radicalidad en el seguimiento del Señor Jesús. Un seguimiento que nos llevará, evidentemente, al compromiso con los pobres, a la lucha por la justicia, y a no rehuir la dimensión pública de nuestra fe. Sin duda, estos dos libros servirán para animarnos en el camino. Y se leerán con tanto gusto como provecho.

Daniel Izuzquiza, SJ

LAMET, Pedro Miguel, *Juan Pablo II. Hombre y Papa,* Espasa, Madrid 2005, 644 pp.

En un momento oportuno, en la frontera entre dos pontificados, apareció esta obra, que es más que una mera biografía. De sobra conocido el autor, huelga aludir a lo ágil y fecundo de su pluma de poeta y periodista, biógrafo y teólogo, novelista e historiador; pero sería flaco favor para él alabarlo como periodista si, al mismo tiempo, no se le reconocieran sus méritos como historiador. Esta vez no se ha limitado a la crónica de una vida compleja y la semblanza de una figura decisiva y contradictoria, sino que ha plasmado en ella la filmación retrospectiva de toda una era en la vida de la Iglesia: decisivos avances junto a incomprensibles retrocesos; herencia rica junto a un lastre del que costará desprenderse.

El autor ha debido hacer esfuerzos increíbles de autocensura para conseguir evitar los dos extremos de la crítica fácil y la hagiografía laudatoria que han llenado las páginas de los periódicos y las pantallas de televisión en los días anteriores y posteriores al fallecimiento de Juan Pablo II, el Protagonista Mediático, el Papa más controvertido de la segunda mitad del siglo XX. Juan XXIII, el Bueno, fue el más grande innovador; Pablo VI, el Dialogante, fue el más incomprendido; y Juan Pablo I, el Sencillo, el más desconocido.

Sin embargo, hay que admirar en P. Lamet su imparcialidad, notablemente documentada, allí donde era más difícil lograrlo: precisamente cuando nos duele la marcha atrás restauracionista de un papado a punto de lograr que pasase al olvido la apertura renovadora del Concilio Vaticano II. Pero los hechos son los hechos, y el historiador ha sabido pisar el freno sin dejar que el periodista cayese en la tentación de sobrepasar la velocidad permitida.

El título del libro, reflejo de sus dos partes –hombre y papa–, expresa emblemáticamente el doble acierto de esta obra, que ha sabido dejarnos el retrato de la persona y el conflicto interno y externo del personaje. Si se comienza la lectura por el último capítulo, a la vez que se lee el capítulo cuarto, resaltará esta doble perspectiva. El capítulo 10 cobra una relevancia especial, ahora que Ratzinger se ha convertido en Benedicto XVI. Para estudiar la historia de la Iglesia en relación con la historia mundial del siglo XX, vendría bien leer paralelamente a esta obra la biografía de Juan XXIII escrita por Peter Hebblethwaite.

En la biografía que de Juan Pablo II hace Lamet hallaremos el panorama interno del mundo eclesiástico en estas tres décadas; lo variopinto de las posturas sutilmente contrastantes, incluso en el seno de la misma curia vaticana. Más allá de las etiquetas de «conservadurismo» y «pro-

gresía», nos hace ver lo que significa que el papa Wojtyla fuera polaco. Su figura inaprehensible –un papa a la vez perdonador y exigente, loado y vituperado, aplaudido y rechazado y, sobre todo, ambiguamente mediático– es captada por un cronista capaz de la «misión imposible»: filmar a un protagonista muy fotogénico que no se deja retratar. La inflación de encíclicas, sínodos, viajes y beatificaciones despliega un abanico de propuestas universales de justicia, paz y esperanza, pero también corre el peligro de sofocar con dunas de documentos y protagonismo personal las semillas aún no aprovechadas del Concilio Vaticano II.

También interesará este libro al historiador político y al sociólogo, para corregir desenfoques sobre la teología de la liberación, la caída del muro de Berlín o las guerras injustas del Golfo, Afganistán e Irak. Es, además, un libro abierto al siglo XXI. Lo que ocurre es que los interrogantes que se planteaban en los días del Conclave –la mujer en la Iglesia, la descentralización de su gobierno, el pluralismo interreligioso, la comunión de las culturas y civilizaciones, la democratización de los nombramientos episcopales, la supresión de cardenalatos y nunciaturas, el respeto a las minorías sexuales, la renuncia a condescender con los poderes fácticos políticos y económicos para optar por las víctimas sociales, y un largo etcétera– seguirán quedando como preguntas sin respuesta inmediata, no sólo en el presente pontificado, sino quizá también en el siguiente. Por eso me gustaría recomendar, junto con la lectura de esta biografía, la de otras dos obras del mismo autor, *La rebelión de los teólogos* y la biografía de Pedro Arrupe. De ese modo, lo abrumador del «resplandor de la verdad», que encandila, se compensará con lo gratificante de la esperanza que anima.

Juan Masiá

LOUF, André, *Mi vida en tus manos. El itinerario de la gracia,* Narcea, Madrid 2004, 192 pp.

A través de una larga entrevista que Stéphane Delberghe hace a André Louf, se busca expresar lo que se afirma en el título, una afirmación con doble contenido: la conciencia agradecida de Louf al mirar hacia atrás y, a propósito de su experiencia personal, ir presentando algunos rasgos de lo que se podría definir como el «itinerario de la gracia».

André Louf (Bélgica, 1929) es un autor conocido. Monje trapense de amplia formación y abad de su monasterio durante más de treinta años, ha publicado numerosas obras (*El Espíritu ora en nosotros; A merced de su gracia; El camino cisterciense...*) con el deseo de ofrecer de esta manera su ayuda a quienes recorren el mismo camino de la fe. En

la actualidad vive retirado como ermitaño.

En este caso, con la sucesión de preguntas y respuestas, se va articulando la obra hasta componerse de una «Introducción» y trece capítulos: «Relato de los orígenes»; «Tradición viva»; «Solitario para Dios: la vocación monástica»; «Transmitir la vida: el acompañamiento espiritual»; «Elegir a Dios: multiplicidad de rostros»; «De la gracia de la ilusión a la gracia de lo real: la ascesis»; «Desierto, obediencia, celibato, pobreza: caminos de humanidad»; «Un corazón quebrantado»; «La oración del corazón»; «Lejos del mundo y cerca de él»; «Testimonios de ayer, palabras de hoy»; «Vida monástica y ecumenismo»; «El futuro de la Iglesia y del mundo». A lo largo de estos epígrafes se ofrece un interesante entramado en el que –sobre todo al principio– la biografía del monje sirve de guía. Guía en la que se van imbricando variados temas del camino espiritual, de la vida monástica, de la tradición espiritual, y cuyo contenido se descubre en los títulos mencionados.

Se puede advertir que uno de los elementos que aparecen con más fuerza y de modo más reiterativo a lo largo de la obra es la viva conciencia que tiene el autor de que la vida de fe es vida de gracia, aun contando con la acogida del don, la colaboración personal. Lo afirma una y otra vez, tanto desde su experiencia personal como desde la sabia enseñanza de la gran tradición eclesial. Vida de gracia no siempre fácil de descubrir y celebrar. Desde la perspectiva que le dan los años, puede contar –y publicar– con serenidad sus dificultades vocacionales y las constantes tentativas de «acceder a Dios por puños». La incansable iniciativa del Señor y las diversas circunstancias históricas –tantas de ellas conflictivas– le ayudarán a poder ir diciendo con creciente humildad la confesión que preside este libro: «mi vida en tus manos».

En conclusión, podemos afirmar que es una obra que puede ser leída con agrado por quienes gusten de esta forma de presentar los temas espirituales y de conocer –en primera persona– el testimonio de un contemplativo que, además, ha sido testigo de momentos históricos decisivos. Es sugerente el esfuerzo realizado por no hacer de esta obra un relato hagiográfico o un testamento espiritual y aprovechar la honda sencillez de una experiencia concreta de vida, la de Louf, como oportunidad para desarrollar otros temas próximos. Sin embargo, el ritmo que impone el género literario utilizado a veces resulta artificial, y con frecuencia se prefiere obviar la lectura de las preguntas para seguir directamente el mensaje de las respuestas. Este estilo literario, en ocasiones, fuerza el cambio de temas hasta encontrarse cierta brusquedad en determinados saltos de una pregunta a otra, de un tema a otro.

Estas palabras de Louf ahí quedan: «Todos estamos llamados a enfrenarnos con nuestra pobreza y soledad fundamentales para convertirnos en personas de verdad. A menudo tendemos a evitar este momento, pero un día u otro la experiencia se impone, y se nos hace necesario afrontarlo sin posibilidad de huida» (pp. 100s).

Mª Angeles Gómez-Limón

RAHNER, Karl, *De la necesidad y don de la oración,* Prólogo de J.I. González Faus, Mensajero, Bilbao 2004[3], 142 pp.

Con motivo del centenario del nacimiento de Karl Rahner, celebrado en 2004, la editorial Mensajero ha reeditado, a modo de homenaje, uno de los libros de tono más espiritual de este gran teólogo y uno de los que mejor reflejan la experiencia interior del maestro. A pesar de tratarse de una obra que vio la luz en Alemania en el año 1949 y que fue traducida al castellano con el título *Angustia y salvación,* todas sus páginas destilan una asombrosa actualidad. Es el privilegio de los grandes.

A lo largo de ocho densos capítulos, Rahner va a ir desgranando el sentido profundo de la oración como encuentro entre el hombre y el Creador. Quien defendió con ahínco la posibilidad de la experiencia inmediata de Dios (*Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy,* escrito en 1978 y reeditado en Sal Terrae en 1990, sería un texto clave en este sentido) no duda en subrayar la lejanía del Dios inabarcable y misterioso a quien el hombre nunca podrá atrapar («suspiramos por algo y no sabemos a punto fijo qué es»: p. 52), al mismo tiempo que señala algunos de los males que habitan en el hombre dificultando la comunicación entre la criatura y su Señor.

La cerrazón del corazón sería el primer escollo que vencer para quien pretenda construir una relación con Dios. Pero ¿cuál sería –según Rahner– el secreto de la apertura de corazón? Por un lado, la fidelidad y la firmeza cuando los ídolos van cayendo con los vaivenes de la vida. Por otro, la convicción profunda de que Él está ahí, actuando siempre en favor del ser humano. «Entonces no hay en nosotros más que Él y la fe; fe apenas perceptible y que, sin embargo, todo lo llena y todo lo supera y a todo hace rostro [...] entonces comienza en nuestro corazón el diálogo con Dios que está en nosotros, que nos sostiene» (p. 21). Esa palabra incondicional y creyente del individuo, de asentimiento a su presencia, es imprescindible para escuchar la Palabra del Misterio.

Dos afirmaciones que aparecen al comienzo del libro sirven de resumen y clave de lectura de las medi-

taciones que desarrolla a lo largo de todos los capítulos: «dentro de los límites del pobre *yo* no hay salvación» (p. 21), porque incluso la oración es fruto del Espíritu Santo, *el ayudador,* y «la gracia te viene en la forma de tu libre acción» (p. 23), pues aunque sea previa a todo recurso humano, necesita de una respuesta humana que sea puro querer. El teólogo de Friburgo no cesa en sus críticas al sujeto moderno anclado en una ilusoria autonomía que le conduce a una profunda esclavitud interior. En realidad, no sólo no es dueño de sí mismo, sino que está sometido a otros señores: la fuerza del instinto, el dinero, el poder, la sexualidad y el placer, la inseguridad de la vida, la pérdida del sentido de las cosas... Cada persona debe aprender a distinguir, entre todos los movimientos que bullen dentro de sí, los que son propios de Dios (la influencia de los Ejercicios Espirituales es patente) del resto, pues sólo los que provienen del Creador son dignos de adoración. Pero para ello el hombre, renunciando a todo, debe estar dispuesto a bajar no sólo a las zonas más profundas del corazón, sino también a las más oscuras, donde anidan la desesperanza y el vacío.

Oración del amor, del «cada día», de la necesidad, de la consagración, de la culpa y de la decisión, son los aspectos del encuentro entre el Creador y su criatura que considera especialmente relevantes por los matices que cada uno de ellos revela.

Lo que resulta indudable al final de la lectura de esta pequeña gran obra es que Rahner, lejos de espiritualismos baratos, considera la oración como uno de los acontecimientos fundamentales de la fe, pues es la condición previa de las horas cumbre de la gracia. Para él no sólo es importante, sino insustituible. Sin embargo, «no está todo en las cosas que digamos y pensemos *sobre* la oración, sino en las palabras que *digamos* a Dios. Y estas palabras las tiene que decir cada uno, él solo».

Mª Dolores L. Guzmán

GONZÁLEZ VALLÉS, C., *India enseña,* PPC, Madrid 2004, 192 pp.

Carlos G. Vallés recoge en este libro con claridad y fluidez, humor e ironía, sus experiencias vividas a lo largo de los años que pasó en la India. «Quiero ahora, cincuenta años después de aquel primer contacto que marcó mi biografía, comunicar una experiencia que abrió mi vida, enriqueció mi entendimiento, multiplicó mis sentidos y alegró mi alma» (p. 6). Galardonado con la Medalla de Oro «Ranyitram» y con el Premio «Kálelkar» por su contribución al diálogo entre culturas, el autor considera un privilegio el haber podido pasar parte de su vida en una tierra

llena de contrastes inexplicables, hondura espiritual difícil de encontrar en otros lugares y religiosidad enormemente profunda a pesar de sus límites.

Desde su propia vivencia resalta los fuertes contrastes entre lo antiguo y lo moderno a lo largo de unos paisajes únicos y de una cultura llamativa y sorprendente, invitándonos a adentrarnos en los templos exóticos de aquellas tierras. «La India cambió mi vida» es la primera afirmación con la que comienza el libro. Toda una invitación al diálogo y a la escucha de otras culturas diferentes de la nuestra.

Un país como la India, desconocido aún por muchos, continúa siendo hoy una tierra fascinante en muchas dimensiones por su larga tradición. Desde un punto de vista cultural y religioso, destaca por haber sido la cuna de grandes religiones como el jainismo, el hinduismo, el budismo, y el sijismo, al mismo tiempo que conserva una de las joyas literarias del mundo: el *Mahabharathá.*

Cautivado y conmovido por los pormenores de la vida diaria de este país, el autor se detiene en narrar todo lo que le ha fascinado, sin perder de vista ningún detalle. Todo ello contado con enorme elocuencia y en primera persona. Carlos G. Vallés recurre a menudo a los dichos populares, poemas, y relatos épicos de la vieja tradición hindú para implicar al lector. No obstante, hay que dejar claro que el principal objetivo del autor no es describir con detalle la vieja tradición o historia de este subcontinente, sino hacer más bien un recorrido sobre lo que vive este pueblo en el día a día.

Se puede dividir este libro en tres partes: la primera, que incluye los primeros cinco capítulos, transcurre durante su época de estudiante de matemáticas en la universidad de Madrás y nos sitúa en el mundo oriental del sur de la India, en el estado de Tamilnadu. Lo que más llama la atención sería el vegetarianismo, la anécdota con el profesor Mahálingam y la vista del templo Minakshi Sudaréswaran, conocido por tratarse del más grande en toda la India por sus torres, sus espacios, la multiplicidad de sus columnas y la variedad de sus imágenes. Y concluye esta parte narrando el lugar más cautivador para muchos turistas, situado en el extremo sur de la India, donde confluyen tres océanos.

En la segunda parte nos conduce Carlos G. Vallés al noreste, al estado del Gujarat y Rajasthán. Un lugar donde el autor se manejaba mejor y desde donde emprenderá el resto de sus viajes. Lo más destacable: la ciudad que produjo el santo de la no violencia (Gandhi, alma grande), su viaje venturoso hacia la frontera con Pakistán, las dos ramas del jainismo, los detalles de la Carretera nacional y, por último, su venturoso viaje en elefante en Jaipur.

Con la tercera parte viajamos a Agra, que contiene una de las siete

maravillas del mundo, el Tajmahal, y los templos de Kayuraho, salvados de la invasión iconoclasta por estar escondidos y alejados de la ruta comercial o del camino de los conquistadores. Probablemente estos templos son más conocidos fuera de la India por las imágenes de sensualidad explícita y del circo erótico que contienen sus paredes. Después entramos en una de las zonas más bellas y más conflictivas de todo el sureste asiático, que es Cachemira, santuario de peregrinos, taller de artesanía, encrucijada de razas y refugio de ascetas y terroristas. Por último, hace hincapié en su visita espectacular del Ayenta y Ellora, situado a 400 km. de Bombay, en el estado de Maharashtra. Obviamente, el lugar más adecuado para el diálogo interreligioso. Allí se sitúan juntas las cuevas budistas, hinduistas y jainistas.

Todo este recorrido contiene una profunda convicción que empapa las páginas de esta obra: que el auténtico tesoro de nuestra vida lo llevamos dentro y lo vamos descubriendo cuando nos encontramos con los demás.

M. Jeeva Arulandu

GRÜN, Anselm, *Benito de Nursia. Su mensaje hoy,* Sal Terrae, Santander, 2004, 94 pp.

Hace quince siglos, la *Regla de san Benito* apareció en una Europa inmersa en el caos y el desorden. Desde entonces ha sido un valioso referente para la cristiandad y, me atrevería yo a decir, para la humanidad. Aunque su época de esplendor y apogeo ya ha pasado, todavía tiene muchas cosas que aportar a las personas del siglo XXI. Esto es lo que pretende mostrar Anselm Grün con este pequeño librito, haciendo uso de su sencillo y profundo estilo de contar las cosas.

La versión original de este libro la escribió este famoso benedictino en el año 2004. Es decir, es una obra muy reciente. No se trata un estudio extenso y detallado sobre la *Regla* en la que se aporten importantes datos nuevos sobre la misma. Grün se limita a darnos su parecer sobre las claves espirituales y psicológicas de la *Regla* benedictina que pueden enriquecer nuestra vida cotidiana.

En esta sociedad moderna, en la que parece que no podemos estar sin el teléfono móvil –o celular– y sin la televisión, san Benito nos habla de lo hermoso que es vivir en la presencia de Dios, en paz y armonía con nosotros mismos y con quienes nos rodean. En una vida como la nuestra, inmersa en un trepidante remolino de prisas y quehaceres y en un mundo laboral tremendamente competitivo, la *Regla* nos indica lo feliz que se puede llegar a ser orando y meditando la Palabra de Dios en todos los ámbitos de nuestra vida. Cuando la

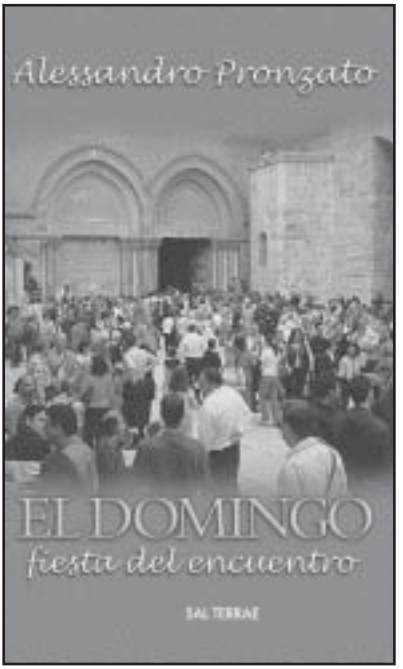
rapidez, el pragmatismo y la eficacia son los criterios de referencia que gobiernan nuestra existencia, la espiritualidad benedictina nos recomienda discernir desde las entrañas de nuestro corazón las decisiones que hemos de tomar, guardar un acompasado orden externo para no caer en el desorden interno y ser, ante todo, misericordiosos con nosotros mismos y con quienes nos rodean. Como vemos, después de mil quinientos años, el pensamiento de san Benito tiene mucho que aportar a nuestra vida.

Anselm Grün ha conseguido escribir un sencillo y escueto librito que interpela al lector desde los postulados de san Benito. Ha de ser leído despacio y serenamente. Así, sus reflexiones y orientaciones podrán penetrar en lo profundo de nuestra vida.

Fray Julián de Cos, OP

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

ALESSANDRO PRONZATO

El Domingo,
fiesta del encuentro

184 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Estas páginas nos invitan a redescubrir una imagen no reductiva del Domingo. La Eucaristía está en el centro (la Iglesia hace la Eucaristía, al tiempo que la Eucaristía «hace» la Iglesia), pero la Misa –que no puede ser considerada como un deber que cumplir, sino como una exigencia gozosa que satisfacer– no lo es todo. Estamos llamados a hacer del Domingo el día del encuentro festivo con los demás, especialmente con los pobres y los que sufren, porque es el día de la caridad y del amor, que es la consecuencia «inevitable» de la Eucaristía.

ÍNDICE GENERAL. TOMO 93 / 2005

1. ÍNDICE GENERAL POR AUTORES

ÁLVAREZ BOLADO, A., *«Ejercicios de Mes» en Pedreña. Una tradición de sesenta años,* julio-agosto, 657-667.

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Ni refugiados, ni encastillados. Llamados a ser Nómadas del Espíritu,* mayo, 393-404.

ARANA, M.J., *«Dios expone parábolas a los hombres»,* marzo, 225-236.

— *Juan Pablo II: un Papa carismático y paradójico,* extraordinario, 471-485.

ARRONDO, F.J., *«Hay mayor alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Caminos de ayudar a los demás,* octubre, 817-828.

BERMEJO, J.C., *Impacto de la enfermedad en el enfermo y en la familia,* noviembre, 895-906.

BLANCO, A., *De la profundidad oscura al espacio interior del mundo*, junio, 575-586.

BUSTO SAIZ, J.R., *«No os amoldéis al mundo presente» (Romanos 12,2),* abril, 299-308.

CARRERO SARALEGUI, J., *Dios verdad,* enero, 59-69.

CASTELLÓN COVARRUBIAS, J., *El P. Alberto Hurtado, SJ. Un santo luchador por la justicia,* octubre, 861-869.

CATALÁ, T., *Vida Religiosa y profesionalización,* febrero, 87-99.

CONZEMIUS, V, *Juan Pablo II, el valedor de la justicia en el mundo,* extraordinario, 501-519.

CORDOVILLA, A., *El Dios Goel,* mayo, 411-421.

— *Trinidad, persona y sociedad. Sobre el magisterio de Juan Pablo II*, extraordinario, 487-500.

DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *¿Solidari... qué? Trazos del sector social,* enero, 53-56.

— *Solidaridad, ¿cómo? Comunidades de solidaridad, o el estilo del sector social,* marzo, 237-240.

— *Solidaridad, ¿por qué? Frente a la injusticia, comunión eclesial,* abril, 321-324.
— *Solidaridad, ¿cuándo? Circunstancias cambiantes en la atención a menores en riesgo,* junio, 571-574.
— *Solidaridad ¿con quién? «Incola» y el trabajo en red*, septiembre, 749-753.
— *Solidaridad ¿dónde? «Amoverse» por la geografía de la exclusión*, octubre, 843-847.
— *Solidaridad ¿para qué? San Juan del Castillo, la Virgen de los sin-papeles y el horizonte utópico,* diciembre, 1009-1013
DINNBIER CARRASCO, I., *Lo que revelan los cuidadores,* noviembre, 919-927.
DOMINGO MORATALLA, A., *Testigos y ciudadanos. Cinco dramas en la presencia pública de la fe,* septiembre, 735-746.
FUNDACIÓN «ALBOÁN», *Objetivos de desarrollo del milenio. ¿Palanca para el cambio o desarrollo en rebajas?,* febrero, 155-160.
— *Invertir en desarrollo. Un plan práctico para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio,* mayo, 407-410.
— *¿Podrá África alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio?,* julio-agosto, 679-683.
— *¿Se pueden alcanzar los ODM en un mundo tan desigual?,* noviembre, 929-932.
GARCÍA DE ANDOIN, C., *Meditaciones para un diálogo constructivo,* abril, 283-298.
GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, J., *Dios Presencia,* diciembre, 1015-1024
GARCÍA JIMÉNEZ, J.I., *¿Quién va a reparar el sendero?,* mayo, 381-392.
GARCÍA ROCA, J., *Las rutas que no se navegaron,* abril, 309-319.
GARCÍA-BARÓ, M., *El Nombre sobre todo nombre y el silencio,* abril, 325-336.
GARCÍA-GALLO, I. – VALDÉS MOREIRAS, C., *Familia, escuela, parroquia: tres pilares en la transmisión de la fe,* septiembre, 723-734.
GARCÍA-MONGE, J.A., *Comprender, ser comprendido y vivir cristianamente con identidad homosexual,* diciembre, 989-997
GÓMEZ SERRANO, P.J., *«No tengáis miedo»,* enero, 39-52.
— *La ascética del amor en la vida cotidiana,* octubre, 829-842.
GONZÁLEZ BUELTA, B., *¿Qué Dios se nos revela en los infiernos?,* junio, 559-569.
GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA, L., *Dios en nuestros miedos,* enero, 28-38.

GUERRERO ALVES, J.A., *El testimonio de la Vida Religiosa en las «instituciones duras»,* febrero, 115-126.
— *Desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien: Notas para una nueva ascética*, octubre, 789-803.
GUERRERO RODRÍGUEZ, P., *Esperar sirviendo y eligiendo. Ignacio de Loyola: el tiempo como búsqueda y hallazgo de Dios,* junio, 549-558.
— *¿El abrazo que no llega? Atención pastoral a católicos divorciados y vueltos a casar,* diciembre, 965-974
GUZMÁN PÉREZ, C., *Una aportación desde el dolor y la esperanza,* diciembre, 999-1008
HORTAL ALONSO, A., *Formas de valorar la vida*, julio-agosto, 607-617.
LIBÃNIO, J.B., *Juan Pablo II: una mirada retrospectiva,* extraordinario, 457-470.
LÓPEZ AZPITARTE, E., *Entre la obediencia, el conflicto y la transgresión,* diciembre, 975-987
LÓPEZ GUZMÁN, D., *Amar en vilo. Aproximación a una espiritualidad de la espera,* junio, 537-547.
LÓPEZ VILLANUEVA, M., *La entrega que libera. Entrar calladamente en la Vida,* julio-agosto, 619-629.
LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, L., *La dolorosa herida del miedo,* enero, 5-16.
MAGRIÑÀ, L., *Aprendiendo de los refugiados. El trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados,* mayo, 357-367.
MÁRQUEZ, C., *Cuando Dios se manifiesta en la «nación del arco iris»,* noviembre, 935-945.
MARTÍNEZ, J.L., *El personalismo solidario de Juan Pablo II. Convertir la interdependencia en solidaridad,* extraordinario, 437-456.
MASIÁ CLAVEL, J., *Vida sana y ética saludable,* julio-agosto, 631-644.
MICHEL, T., *Dios el existente. Los nombres de Dios en el islam,* septiembre, 755-770.
MORALES MEDINA, M.L., *Decisiones vitales,* julio-agosto, 645-655.
PANIAGUA FERNÁNDEZ, R. – LÁZARO FERNÁNDEZ, S., *Cuidar y cuidarse: un aprendizaje posible,* noviembre, 907-918.
PARDO, J.J., *Dios justo y misericordioso,* octubre, 849-859.
RAMÍREZ FUEYO, F., *Ayer y hoy de las parábolas,* marzo, 189-200.
— *San Pablo, gigante de la comunicación*, septiembre, 701-710.
RAPER, M., *Construir la paz y ser portadores de esperanza. 25 años aprendiendo de los refugiados,* mayo, 369-380.
RENAU, J., *Pedro Arrupe inspira la búsqueda e intimidad con Dios,* octubre, 805-815.

RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J.M.,*De monstruos, fantasmas y demonios para hoy,* enero, 17-28.
— *www.vidareligiosa.org*, febrero, 141-154.
RODRÍGUEZ PANIZO, P., *Dios Misterio,* marzo, 241-251.
ROMERO TABARES, I., *Los relatos cinematográficos: parábolas de nuestro tiempo*, marzo, 213-223.
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Escapar del que habla, hablar al que escapa. Dios, esa absoluta angustia,* febrero, 161-171.
— *Momentos y tiempos del Dios del tiempo*, junio, 525-535.
TABUYO, M., *La difícil sencillez de las parábolas,* marzo, 201-211.
TORAÑO FERNÁNDEZ, A., *Elementos para la comprensión actual de la transmisión y recepción de la fe,* septiembre, 711-722.
TORRALBA ROSELLÓ, F., *Esencia del cuidar. Siete tesis*, noviembre, 885-894.
TORRES PÉREZ, M.J., *La Vida Religiosa y los números,* febrero, 101-114.
URÍBARRI BILBAO, G., *«Conciudadanos de los santos» (Ef 2,19). La santidad: suelo nutricio de la Vida Religiosa,* febrero, 127-139.
VÁZQUEZ-GUNDÍN, M., *¿Pecado masculino, pecado femenino?,* julio-agosto, 669-678.
ZUBERO, I., *Mensaje cristiano, Iglesia católica y sociedad moderna: ¿apostasía silenciosa o cisma soterrado?,* abril, 269-281.

2. ÍNDICE GENERAL POR SECCIONES Y MATERIAS

2.1. ESTUDIOS

2.1.1. Análisis Psico-Social y religioso

BUSTO SAIZ, J.R., *«No os amoldéis al mundo presente» (Romanos 12,2),* abril, 299-308.
CATALÁ, T., *Vida Religiosa y profesionalización,* febrero, 87-99.
DOMINGO MORATALLA, A., *Testigos y ciudadanos. Cinco dramas en la presencia pública de la fe,* septiembre, 735-746.
GARCÍA DE ANDOIN, C., *Meditaciones para un diálogo constructivo,* abril, 283-298.
GARCÍA JIMÉNEZ, J.I., *¿Quién va a reparar el sendero?,* mayo, 381-392.
GARCÍA ROCA, J., *Las rutas que no se navegaron,* abril, 309-319.
GARCÍA-GALLO, I. – VALDÉS MOREIRAS, C., *Familia, escuela, parroquia: tres pilares en la transmisión de la fe,* septiembre, 723-734.

GARCÍA-MONGE, J.A., *Comprender, ser comprendido y vivir cristianamente con identidad homosexual,* diciembre, 989-997
GÓMEZ SERRANO, P.J., *«No tengáis miedo»,* enero, 39-52.
GUERRERO ALVES, J.A., *El testimonio de la Vida Religiosa en las «instituciones duras»,* febrero, 115-126.
GUERRERO RODRÍGUEZ, P., *¿El abrazo que no llega? Atención pastoral a católicos divorciados y vueltos a casar,* diciembre, 965-974
GUZMÁN PÉREZ, C., *Una aportación desde el dolor y la esperanza,* diciembre, 999-1008
LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, L., *La dolorosa herida del miedo,* enero, 5-16.
MAGRIÑÀ, L., *Aprendiendo de los refugiados. El trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados,* mayo, 357-367.
PANIAGUA FERNÁNDEZ, R. – LÁZARO FERNÁNDEZ, S., *Cuidar y cuidarse: un aprendizaje posible,* noviembre, 907-918.
RAPER, M., *Construir la paz y ser portadores de esperanza. 25 años aprendiendo de los refugiados,* mayo, 369-380.
RODRÍGUEZ OLAIZOLA, J.M.,*De monstruos, fantasmas y demonios para hoy,* enero, 17-28.
— *www.vidareligiosa.org,* febrero, 141-154.
ROMERO TABARES, I., *Los relatos cinematográficos: parábolas de nuestro tiempo,* marzo, 213-223.
TORAÑO FERNÁNDEZ, A., *Elementos para la comprensión actual de la transmisión y recepción de la fe,* septiembre, 711-722.
TORRES PÉREZ, M.J., *La Vida Religiosa y los números,* febrero, 101-114.
URÍBARRI BILBAO, G., *«Conciudadanos de los santos» (Ef 2,19). La santidad: suelo nutricio de la Vida Religiosa,* febrero, 127-139.
ZUBERO, I., *Mensaje cristiano, Iglesia católica y sociedad moderna: ¿apostasía silenciosa o cisma soterrado?,* abril, 269-281.

2.1.2. Espiritualidad

ÁLVAREZ BOLADO, A., *«Ejercicios de Mes» en Pedreña. Una tradición de sesenta años,* julio-agosto, 657-667.
ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *Ni refugiados, ni encastillados. Llamados a ser Nómadas del Espíritu,* mayo, 393-404.
ARRONDO, F.J., *«Hay mayor alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Caminos de ayudar a los demás,* octubre, 817-828.
DINNBIER CARRASCO, I., *Lo que revelan los cuidadores,* noviembre, 919-927.

GÓMEZ SERRANO, P.J., *La ascética del amor en la vida cotidiana,* octubre, 829-842.
GONZÁLEZ BUELTA, B., *¿Qué Dios se nos revela en los infiernos?,* junio, 559-569.
GUERRERO ALVES, J.A., *Desintoxicarse, situarse en la paz y caminar en el bien: Notas para una nueva ascética,* octubre, 789-803.
GUERRERO RODRÍGUEZ, P., *Esperar sirviendo y eligiendo. Ignacio de Loyola: el tiempo como búsqueda y hallazgo de Dios,* junio, 549-558.
LÓPEZ GUZMÁN, D., *Amar en vilo. Aproximación a una espiritualidad de la espera,* junio, 537-547.
LÓPEZ VILLANUEVA, M., *La entrega que libera. Entrar calladamente en la Vida,* julio-agosto, 619-629.
RENAU, J., *Pedro Arrupe inspira la búsqueda e intimidad con Dios,* octubre, 805-815.

2.1.3. Iglesia

ARANA, M.J., *Juan Pablo II: un Papa carismático y paradójico,* extraordinario, 471-485.
CASTELLÓN COVARRUBIAS, J., *El P. Alberto Hurtado, SJ. Un santo luchador por la justicia*, octubre, 861-869.
CONZEMIUS, V, *Juan Pablo II, el valedor de la justicia en el mundo,* extraordinario, 501-519.
CORDOVILLA, A., *Trinidad, persona y sociedad. Sobre el magisterio de Juan Pablo II*, extraordinario, 487-500.
LIBÃNIO, J.B., *Juan Pablo II: una mirada retrospectiva,* extraordinario, 457-470.
LÓPEZ AZPITARTE, E., *Entre la obediencia, el conflicto y la trasgresión,* diciembre, 975-987
MARTÍNEZ, J.L., *El personalismo solidario de Juan Pablo II. Convertir la interdependencia en solidaridad,* extraordinario, 437-456.

2.1.4. Moral y ética

BERMEJO, J.C., *Impacto de la enfermedad en el enfermo y en la familia,* noviembre, 895-906.
HORTAL ALONSO, A., *Formas de valorar la vida,* julio-agosto, 607-617.
MASIÁ CLAVEL, J., *Vida sana y ética saludable,* julio-agosto, 631-644.
MORALES MEDINA, M.L., *Decisiones vitales,* julio-agosto, 645-655.
TORRALBA ROSELLÓ, F., *Esencia del cuidar. Siete tesis,* noviembre, 885-894.

2.1.5. Teología

ARANA, M.J., *«Dios expone parábolas a los hombres»,* marzo, 225-236.
GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA, L., *Dios en nuestros miedos,* enero, 28-38.
RAMÍREZ FUEYO, F., *Ayer y hoy de las parábolas,* marzo, 189-200.
— *San Pablo, gigante de la comunicación,* septiembre, 701-710.
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Momentos y tiempos del Dios del tiempo,* junio, 525-535.
TABUYO, M., *La difícil sencillez de las parábolas,* marzo, 201-211.
VÁZQUEZ-GUNDÍN, M., *¿Pecado masculino, pecado femenino?,* julio-agosto, 669-678.

2.2. RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *¿Solidari... qué? Trazos del sector social*, enero, 53-56.
— *Solidaridad, ¿cómo? Comunidades de solidaridad, o el estilo del sector social,* marzo, 237-240.
— *Solidaridad, ¿por qué? Frente a la injusticia, comunión eclesial,* abril, 321-324.
— *Solidaridad, ¿cuándo? Circunstancias cambiantes en la atención a menores en riesgo,* junio, 571-574.
— *Solidaridad ¿con quién? «Incola» y el trabajo en red,* septiembre, 749-753.
— *Solidaridad ¿dónde? «Amoverse» por la geografía de la exclusión,* octubre, 843-847.
— *Solidaridad ¿para qué? San Juan del Castillo, la Virgen de los sin-papeles y el horizonte utópico,* diciembre, 1009-1013

FUNDACIÓN «ALBOÁN», *Objetivos de desarrollo del milenio. ¿Palanca para el cambio o desarrollo en rebajas?,* febrero, 155-160.
— *Invertir en desarrollo. Un plan práctico para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio,* mayo, 407-410.
— *¿Podrá África alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio?,* julio-agosto, 679-683.
— *¿Se pueden alcanzar los ODM en un mundo tan desigual?,* noviembre, 929-932.

2.3. Los Nombres de Dios

Blanco, A., *De la profundidad oscura al espacio interior del mundo,* junio, 575-586.
Carrero Saralegui, J., *Dios verdad,* enero, 59-69.
Cordovilla, A., *El Dios Goel*, mayo, 411-421.
García-Baró, M., *El Nombre sobre todo nombre y el silencio,* abril, 325-336.
García de Castro Valdés, J., *Dios Presencia,* diciembre, 1015-1024
Márquez, C., *Cuando Dios se manifiesta en la «nación del arco iris»,* noviembre, 935-945.
Michel, T., *Dios el existente. Los nombres de Dios en el islam,* septiembre, 755-770.
Pardo, J.J., *Dios justo y misericordioso,* octubre, 849-859.
Rodríguez Panizo, P., *Dios Misterio,* marzo, 241-251.
Sanz Giménez-Rico, E., *Escapar del que habla, hablar al que escapa. Dios, esa absoluta angustia,* febrero, 161-171.

3. RECENSIONES

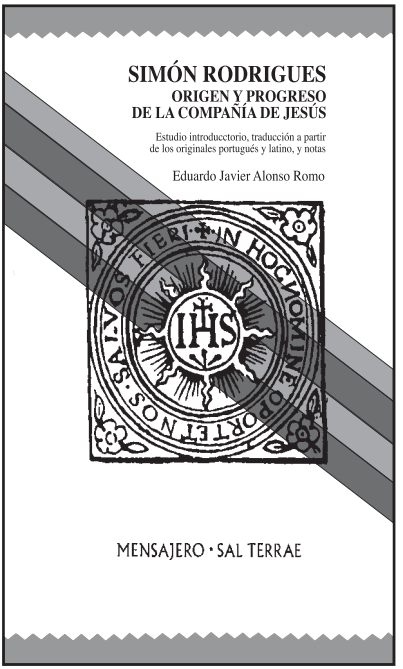
Alburquerque, A. (ed.), *Diego Laínez. Primer biógrafo de San Ignacio,* julio-agosto, 685-687.
Arenós, E., *Tico, el Agnóstico,* abril, 347-348.
Barbour, I.G., *El encuentro entre ciencia y religión. ¿Rivales, desconocidas o compañeras de viaje?,* febrero, 176.
Barreto, B. Alfonso, *Cincuenta Dinámicas. Para comunicación en grupos,* noviembre, 950-951.
Barth, K., *Instantes. Textos para la reflexión escogidos por Eberhard Busch,* mayo, 426-427.
Bermejo, J.C., *Regálame la salud de un cuento,* febrero, 178-179.
Bermejo, J.C. – Belda, R.M., *Salud y sexo. Humanizar la sexualidad,* marzo, 256-258.
Boff, L., *Ética y moral. La búsqueda de los fundamentos,* junio, 595-596.
Calleja, J.I., *Moral Social Samaritana - I: Fundamentos y nociones de ética económica cristiana*, noviembre, 948-949.
Chittister, J., *Escuchar con el corazón. Momentos sagrados en la vida diaria,* noviembre, 955-956.
Cortés, J.L., *Tus amigos no te olvidan. Hechos de los Apóstoles,* julio-agosto, 692-693.

DERROITTE, H., *Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético,* abril, 341-343.
DOMINGO MORATALLA, A., *Calidad educativa y justicia social,* enero, 77-79.
ETXEBERRÍA, X., *Sociedades multiculturales,* septiembre, 774-775.
FERNÁNDEZ MÁRQUEZ, M.J., *En ti vivimos, Señor. Dimensión contemplativa de las bienaventuranzas,* octubre, 873-875.
GANDHI, M.K., *Escritos Esenciales,* abril, 343-347.
GARCÍA-MINA, A., *Psicología y Catequesis,* mayo, 427-429.
GELABERT BALLESTER, M., *Teología dialógica. Ante la fe desafiada,* enero, 75-77.
GERMAIN, S., *Etty Hillesum. Una vida,* septiembre, 773-774.
GIRA, D., *Tolerancia y Religiones,* septiembre, 771-773.
GONZÁLEZ SILVA, S. (Ed.), *La palabra de Dios en la comunidad religiosa,* octubre, 876-878.
GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *Cristianismo y secularización,* junio, 593-595.
GUERRERO, J.A. – IZUZQUIZA, D., *Vidas que sobran. Los excluidos de un mundo en quiebra,* julio-agosto, 687-689.
GUITERAS, J., *Entre el silencio y la palabra. Espiritualidad y liturgia,* noviembre, 949-950.
IRIBERTEGUI ERASO, M., *María, un don de Dios y una existencia de fe,* noviembre, 954-955.
LABOA, J.M. – PIERINI, F. – ZAGUENI, G., *Historia de la Iglesia. Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, y la Iglesia en España,* junio, 589-591.
LAMET, P.M., *Las palabras calladas. Diario de María de Nazaret,* julio-agosto, 689-690.
LECLERC, E., *El pueblo de Dios en la noche,* mayo, 429-430.
MALVIDO MIGUEL, E., *Padre nuestro que estás en Jesucristo,* febrero, 180-181.
MARCOUILLER, D., *El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero,* enero, 72-73.
MAS, A., *Acercar el cielo,* octubre, 878-879.
MERTON, T., *Incursiones en lo indecible,* marzo, 259-260.
— *Diálogos con el silencio. Edición de Jonathan Montaldo,* octubre, 871-872.
MORLA, V., *Poemas de amor y de deseo. Cantar de los Cantares,* enero, 71-72.
— *Lamentaciones,* marzo, 253-254.
MÜLLER, W., *Besar es orar,* noviembre, 953-954.

OLIVEIRA, I. DE – MEIRELES, M., *Dinámicas e Historias. Para encuentros con jóvenes,* octubre, 879-880.
PANGRAZZI, A., *La pérdida de un ser querido. Un viaje dentro de la vida,* junio, 596-597.
PARRILLA DÍAZ, J., *Amor extramuros. El riesgo de ser célibe,* noviembre, 951-952.
PERAL, B., *Luz, más luz. Lecciones de filosofía vital de un psiquiatra,* Desclée de Brouwer, octubre, 880.
PIKAZA, X., *Violencia y diálogo de religiones,* abril, 339-341.
— *El desafío ecológico: creación bíblica y bomba atómica,* PPC, octubre, 872-873.
RAMONET, I. – GEORGE, S. – PETRELLA, R. – SHIVA, V., *Los desafíos de la globalización,* septiembre, 775-777.
RICCARDI, A., *Dios no tiene miedo. La fuerza del Evangelio en un mundo cambiante,* marzo, 260-261.
SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Un recuerdo que conduce al don. Teología de Dt 1-11,* mayo, 423-425.
SASTRE, J., *Repensar el voluntariado social. Desde la doctrina social de la Iglesia,* enero, 73-74.
SCHLÜTER, A.M., *La Luz del alma. El tesoro escondido de los cuentos,* julio-agosto, 690-692.
SCHÜSSLER FIORENZA, E., *Los caminos de la Sabiduría. Una introducción a la interpretación feminista de la Biblia,* febrero, 173-175.
SEBASTIÁN, F., *La iniciación cristiana. Once Catequesis,* marzo, 254-256.
SESÉ, B., *Edith Stein,* marzo, 258-259.
SPERRY, L., *Sexo, sacerdocio e Iglesia,* junio, 591-592.
TIERNO, B., *Ser padres hoy. Amor y pedagogía,* octubre, 875-876.
TORRES QUEIRUGA, A., *Esperanza a pesar del mal. La resurrección como horizonte,* noviembre, 947-948.
TRECHERA, J.L., *Como gota de agua. La Psicología aplicada a las organizaciones*, febrero, 179-180.
URDEIX, J., *Horas de Oración,* septiembre, 778.
VV.AA., *La voz de las víctimas y los excluidos,* febrero, 177.
VIGIL, J.M. – TOMITA, L.E. – BARROS, M. (orgs.), *Por los muchos caminos de Dios. II: Hacia una teología cristiana y latinoamericana del pluralismo religioso,* mayo, 425-426.
ZAMORA, J.A. (coord.), *Medios de comunicación. Información, espectáculo, manipulación,* septiembre, 778-780.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

EDUARDO J. ALONSO (ed.)

Simón Rodrigues.

Origen y progreso de la Compañía de Jesús

160 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 17,00 €

La figura de Simón Rodrigues es sumamente significativa como cofundador de la Compañía de Jesús y su iniciador en Portugal, pero poco conocida. Una de sus aportaciones a la posteridad, sin embargo, es el relato sobre los comienzos de la Compañía, fuente de capital importancia, por su abundancia de detalles y su fidelidad histórica, para reconstruir la experiencia fundante de aquellos años (1533-1540). Las memorias que en 1577 escribió Rodrigues a petición del Padre General, Everardo Mercuriano, ven ahora la luz por primera vez en lengua castellana, a partir de los originales portugués y latino.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN
La Navidad, celebración de un nuevo comienzo
176 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €

El que durante el tiempo de Navidad tantas personas evoquen su niñez se debe a algo más que a simple nostalgia. Lo que subyace es un anhelo del comienzo íntegro, del paraíso. En el comienzo resplandece la totalidad. En él resuena la promesa de que una vida lograda puede ser una realidad. La tradición conoce esta experiencia y esta esperanza y la expresa admirablemente en el ciclo festivo en torno a la Navidad con un simbolismo profundo: Dios mismo –éste es el mensaje más hondo de la fiesta– comienza de nuevo con nosotros cuando se aventura como un niño en nuestra realidad.